



---

Los católicos en el juego político conservador de comienzos del siglo XX (1907-1912)

Author(s): Martín O. Castro

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 49, No. 193 (Apr. - Jun., 2009), pp. 31-60

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/20627862>

Accessed: 24/02/2011 06:35

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of JSTOR's Terms and Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>. JSTOR's Terms and Conditions of Use provides, in part, that unless you have obtained prior permission, you may not download an entire issue of a journal or multiple copies of articles, and you may use content in the JSTOR archive only for your personal, non-commercial use.

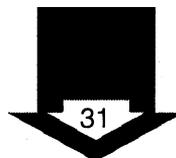
Please contact the publisher regarding any further use of this work. Publisher contact information may be obtained at <http://www.jstor.org/action/showPublisher?publisherCode=ides>.

Each copy of any part of a JSTOR transmission must contain the same copyright notice that appears on the screen or printed page of such transmission.

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).



*Instituto de Desarrollo Económico y Social* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.



## **LOS CATÓLICOS EN EL JUEGO POLÍTICO CONSERVADOR DE COMIENZOS DEL SIGLO XX (1907-1912)\***

MARTÍN O. CASTRO\*\*

Los estudios sobre la historia de la Iglesia Católica en la Argentina han demostrado un crecimiento constante en los últimos años. Este trabajo se propone contribuir a un área de estudios que, con todo, no ha experimentado un incremento similar en el interés académico. Concretamente, se pretende aquí indagar en torno a la participación de los católicos en la política partidaria (o con mayor rigurosidad, *facciosa*) de finales del orden conservador. En particular, este artículo intenta analizar la inserción de los notables católicos en el entramado político conservador del cambio de siglo, los proyectos de constitución de partidos políticos de inspiración católica y la intervención de la dirigencia católica en la constitución de coaliciones agrupadas fundamentalmente a partir de un común antirroquismo. Se propone además explorar hasta qué punto el renacer de las iniciativas políticas de signo católico respondían a la existencia de una situación política fluida definida a partir de la pérdida de influencia del roquismo y cuánto de las posiciones programáticas de los notables católicos en los años del Centenario se correspondían con un clima de ideas del que se nutrían sectores de la elite favorables a cierto reformismo institucional.

La interpretación general sobre la participación de los católicos en política en la primera década del siglo XX ha tendido a afirmar el constante fracaso de las iniciativas católicas de organización política. El surgimiento de la Unión Patriótica (en adelante UP) en 1907 ha sido presentado como el proyecto de un grupo de notables católicos que promovían la consecución de un programa político en un sistema político no preparado para recibirlo. El fracaso de la UP fue entonces interpretado a partir de la constatación de una cierta ingenuidad política de sus miembros y por las características intrínsecas del régimen político previo a la Ley Sáenz Peña (fraude electoral) que habrían

\* Esta investigación se vio beneficiada de los comentarios de Alan Knight, Roberto Di Stefano, Fernando Devoto, Paulo Drinot y Miranda Lida. Agradezco también los comentarios de un árbitro anónimo.

\*\* CONICET- Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani". O. Andrade 92, 2º "5" (1641) Acassuso- Buenos Aires/ Argentina E-mail: martincastromdp@yahoo.com.ar

conspirado en contra de la propuesta de la liga electoral católica. Por otra parte, la historia de la UP se analizaba en sí misma, como un proyecto de moralización política surgido de las filas católicas y sin considerar el lugar de aquella en un escenario más amplio que incluyera a otros actores interesados por llevar adelante iniciativas de reforma y modernización política<sup>1</sup>. El objetivo de este trabajo es incorporar el estudio de la trayectoria de los políticos católicos durante los años cercanos al Centenario con un enfoque que tiene en cuenta la desintegración del Partido Autonomista Nacional (en adelante PAN) y la pérdida de influencia del roquismo, junto a la ascendencia de facciones que, dentro del universo conservador, recurrían al discurso reformista y asumían un claro perfil antirroquista. Así, el artículo comienza con un análisis de la actuación política de los católicos argentinos en las décadas finales del siglo XIX con el objeto de poner en perspectiva su inserción en las redes políticas del orden conservador, las continuidades observadas en la relación de los notables católicos con la clase dirigente liberal y las situaciones de ruptura advertidas desde la década de 1880 como consecuencia de los conflictos entre la Iglesia y el Estado. Por otra parte, este trabajo se propone indagar algunos aspectos de la relación entre Iglesia y Estado, a comienzos de siglo –concretamente la existencia o no de una ‘cuestión religiosa’– y sus implicancias para la participación de los católicos en el campo político. Se sugiere en este sentido que el resurgimiento de lo que se definía como una ‘cuestión religiosa’ es mejor entendido si se lo analiza en el contexto de la inclusión de notables católicos en el gobierno de Roque Sáenz Peña y de las percepciones, reacciones y tensiones generadas en la prensa ‘liberal’, la prensa católica y en sectores de la elite política a partir de una presencia significativa de políticos católicos en posiciones de relevancia política.

Es conveniente señalar que la historiografía reciente sobre el régimen político y el sistema de partidos anterior a la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912 ha aportado complejidad a nuestra mirada sobre la vida política durante el orden conservador, revisando interpretaciones tradicionales que postulaban una imagen de persistente predominio de un PAN que no habría sufrido modificaciones internas de importancia hasta la víspera de la reforma electoral saenzpeñista<sup>2</sup>. En esta línea de análisis, estudios recientes han arrojado nueva luz sobre el proceso de reforma electoral de comienzos del siglo XX examinando el optimismo reformista de parte de la elite política y las ‘amenazas’ sociales y políticas ejercidas sobre el orden vigente en el marco de la dinámica interna del régimen y de las estrategias adoptadas por políticos reformistas que buscaban transformar las reglas del juego e introducir modificaciones en el sistema representativo<sup>3</sup>. Este trabajo se propone, en este sentido, contribuir a una mayor

<sup>1</sup> Néstor T. AUZA: *Los católicos argentinos. Su experiencia política y social*. Buenos Aires, Claretiana, 1984; N. T. AUZA: “La Unión Patriótica. Un intento político en 1908”, *Anales de la Universidad del Salvador*, Nº 5, 1969.

<sup>2</sup> Sobre la renovación de la historia política argentina del período puede verse Paula ALONSO: “La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario”, *Anuario IEHS*, 13, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1998; Natalio BOTANA: “Estudio preliminar” incluido en *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; Ezequiel GALLO: “Historiografía política: 1880-1900”, en AAVV, *Historiografía argentina (1958-1968). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires, 1990.

<sup>3</sup> Fernando J. DEVOTO: “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Nº 14, 1996, p.103; Tullio HALPERIN DONGHI: *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)* Buenos Aires, Ariel, 1999.

comprensión de la dinámica del proceso de fragmentación de la elite política en los años previos al Centenario a partir de la consideración de las trayectorias de los notables católicos y de sus relaciones de enfrentamiento y/o compromiso con el resto de los círculos dirigentes en el contexto de la desintegración del roquismo y del proceso de reforma electoral.

### “¡Señores! ¡A vender la túnica y comprar espada!”<sup>4</sup>

El proceso de surgimiento de las naciones-estado en Europa y América Latina fue acompañado por intensos conflictos entre católicos, anticlericales y agentes estatales en torno al lugar de la religión en los modernos sistemas políticos. Las tensiones entre Iglesia y Estado crecieron significativamente en la segunda mitad del siglo XIX asumiendo la forma de disputas abiertas que involucraban diversos ámbitos de la vida social (escuelas, matrimonio, funerales, el control del espacio público y los símbolos de la nacionalidad), que en ocasiones se expresaban en el escenario político<sup>5</sup>.

Como se ha señalado en un trabajo reciente, en la Argentina los conflictos que enfrentarían a la Iglesia Católica y al Estado, especialmente durante la década de 1880, lejos de asumir las formas de una “persecución” a la institución eclesiástica, se manifestarían como signos de un proceso de progresiva separación de esferas de influencia en un contexto, observado en ambos actores, de “centralización de la autoridad” y de “racionalización administrativa”<sup>6</sup>. La búsqueda de consolidación del Estado nacional y los esfuerzos de las autoridades eclesiásticas por acelerar los pasos de la centralización romana darían contornos a un escenario en el cual una Iglesia que no poseía una estructura institucional, económica y social similar a la de otras iglesias en la región, y cuyos avances organizativos respondían al menos en parte a iniciativas generadas desde el Estado, se enfrentaría a un conjunto de reformas que restringían la influencia eclesiástica en la esfera pública.

La reacción católica frente a la introducción de las leyes laicas en la década de 1880 concentraría sus críticas en la constatación del proceso de centralización del poder político y en los esfuerzos de sectores de la elite política por difundir los valores del liberalismo en una sociedad que –consideraban– se manifestaba extraña a aquellos. Ciertamente las expresiones liberales de los grupos dirigentes argentinos se reflejaban en la forma en que la elite interpretaba la educación: una forma de consolidar la nación e ilustrar a las masas, una problemática relevante en un país con inmigración masiva<sup>7</sup>. La sanción de una serie de reformas legislativas entre 1881 y 1888 (entre ellas la ley de “enseñanza laica, gratuita y obligatoria” y la ley de Matrimonio Civil) también constituía

<sup>4</sup> Frase pronunciada por José Manuel Estrada en el discurso de clausura del congreso de católicos de 1884, citada en Néstor T. AUZA: *Católicos y liberales en la generación del ochenta*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981, p. 287.

<sup>5</sup> Christopher CLARK y Wolfram KAISER: *Culture Wars: Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 1; véase también Hugh MCLEOD: *Secularization in Western Europe, 1848-1914*. MacMillan Press, Londres, 2000.

<sup>6</sup> Roberto DI STEFANO y Loris ZANATTA: *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires, Mondadori, 2000, pp. 311-313.

<sup>7</sup> Sandra MCGEE DEUTSCH: *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*. Londres, University of Nebraska Press, 1986, p. 43.

una forma de consolidar la supremacía del estado nacional, el cual, de acuerdo con Delfín Gallo, "no podía ceder ante el poder de los papas"<sup>8</sup>. Por otra parte, estos instrumentos legislativos reflejaban la decisión de la elite de implementar un proyecto modernizador, nacionalista y secularizante que superara la política más cuidadosa y pragmática desarrollada por los gobiernos nacionales entre 1860 y 1880 en relación con la Iglesia Católica<sup>9</sup>. Con todo, la separación de las esferas civil y religiosa y la laicización del Estado permanecerán inacabadas<sup>10</sup>, lo que lleva necesariamente a reconsiderar la imagen simplista de una homogénea elite liberal anticlerical poniendo sitio a las posiciones de la Iglesia Católica. Por otra parte, será sólo a partir de la década de 1880 que una intelectualidad católica comenzará a diferenciarse de las expresiones del liberalismo. Los debates en torno a las leyes laicas advierten, en este sentido, sobre cómo los mismos opositores católicos podían recurrir al "... mismo liberalismo político y económico que informaba las ideas de los legisladores que apoyaban las propuestas del gobierno"<sup>11</sup>.

Sin embargo, no serían tanto los contenidos de las leyes como los principios que las sustentaban (separación de las esferas civil y religiosa, avance secularizador sobre el Estado) lo que llevaría a notables e intelectuales católicos y a la jerarquía eclesiástica a un conflicto con la prensa liberal y el Estado. De esto no se desprende, no obstante, que intelectuales y políticos católicos actuaran en perfecta armonía con la jerarquía representando el papel de mero brazo ejecutor de sus estrategias. Los políticos e intelectuales católicos que se involucraron decididamente en los debates de la década de 1880 lo hicieron con evidente autonomía frente a las decisiones de una jerarquía eclesiástica que pretendía evitar identificarse con facciones políticas específicas prefiriendo, en cambio, presentarse como "tutora de la unidad católica de la nación"<sup>12</sup>. En consecuencia, tensiones y conflictos recurrentes caracterizarían inevitablemente los intentos de articulación política de una generación de católicos que pretendían frenar los avances de la legislación laica.

La oposición católica a las reformas impulsadas por el roquismo alcanzaría su mayor intensidad durante el Congreso Pedagógico de 1882 y tras la sanción de la ley 1420 de educación en 1884, y se canalizaría en la formación de la Asociación Católica de Buenos Aires en 1883 (con un perfil más militante que su antecesora, el Club Católico) y, especialmente, con la fundación de la Unión Católica en 1884<sup>13</sup>. La organización de

<sup>8</sup> Citado en Ezequiel GALLO: "La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Planeta, 2000, vol. 4, p. 515.

<sup>9</sup> Austen IVEREIGH: *Catholicism and Politics in Argentina 1810-1960*. Oxford, St. Martin's Press, 1995, p. 57.

<sup>10</sup> Pese al anticlericalismo de parte de los grupos dirigentes y del tono apasionado de los debates parlamentarios las leyes de educación común y de matrimonio civil no tenían un carácter anticatólico o jacobino y proyectos que podían provocar tensiones como una posible ley de divorcio nunca recibirían sanción legislativa.

<sup>11</sup> Ezequiel GALLO: "Política y sociedad en Argentina, 1870-1916", en Leslie BETHELL (Ed.): *Historia de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1992, vol. 10, p. 54. La falta de separación entre formas de sociabilidad opuestas se percibe en el tratamiento que Eduardo Wilde y Paul Groussac ofrecen a Pedro Goyena en los debates. Véase, Tulio HALPERIN DONGHI: "Un nuevo clima de ideas", en Gustavo FERRARI y Ezequiel GALLO (Eds): *La Argentina del ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 16.

<sup>12</sup> Roberto DI STEFANO: *Historia de la Iglesia Argentina*, p. 352. Sobre las formas que adquieren las relaciones entre laicos y jerarquía católica y las dificultades por articular distintos movimientos y reducir tensiones internas, véase Susana BIANCHI: "La conformación de la Iglesia Católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: Las organizaciones de elite (1930-1950)", *Anuario del IEHS*, 17, 2002.

<sup>13</sup> MCGEE DEUTSCH: *Counterrevolution in Argentina*, p. 51.

los católicos se evidenciaría, además, en la aparición de dos diarios en 1882: *La Unión* (iniciativa en la que colaboraron José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Emilio Lamarca, Santiago Estrada, Tristán Achával Rodríguez y Miguel Navarro Viola) y *La Voz de la Iglesia*, este último con estrechas vinculaciones con la curia de Buenos Aires. Si bien estas hojas periodísticas mostraban la expansión del periodismo católico, sus diferentes aproximaciones al conflicto en torno a las reformas laicas señalarían también la disidencia de la jerarquía católica con el tono político que el laicado imprimía a la organización de los católicos y cuyo resultado sería la formación de la Unión Católica<sup>14</sup>.

Este partido político, modelado según el ejemplo de los partidos católicos europeos constituidos con el fin de combatir al liberalismo, nació como consecuencia directa de las deliberaciones del Congreso Católico de 1884 y reflejó los esfuerzos militantes de la dirigencia católica por unificar la participación política de los laicos dispersos en diversas facciones. Pese a que los debates sobre la actualidad política del país incluían una crítica constante a la presencia de corrupción oficial, el fraude y los obstáculos al voto popular, sería el temor frente a lo que denominaban el 'cosmopolitismo sectario' y la 'política del ateísmo' ejemplificados en la legislación laica lo que conduciría a los laicos católicos a justificar el intento de articulación política<sup>15</sup>.

En este sentido, se advierte cómo la Unión Católica no expresa la constitución de un partido moderno que rechace los rasgos oligárquicos del régimen conservador, sino que, por el contrario, es más pertinente ubicarlo entre sus facciones disidentes. Beneficiada en un principio por la movilización que el conflicto en torno de las reformas laicas había provocado en los ambientes católicos, la Unión Católica no podrá consolidar su posición como partido católico: no logrará unificar a los notables dispersos en las diversas facciones y se verá perjudicada por la paulatina disminución en importancia de la 'cuestión religiosa'<sup>16</sup>. Se advierte hasta qué punto un escenario político en el cual el conflicto religioso no llegaba a ser la fuente de división explicativa de las disensiones y los alineamientos, y en el que los gobiernos no enfrentarían serios desafíos de parte de coaliciones opositoras durante los años ochenta, conspiraría contra la suerte del proyecto político católico.

Las mismas características de un régimen en el cual la competencia intraoligárquica tenía lugar en el interior del PAN, construido como una amplia coalición de partidos y grupos organizados en torno a redes de relación personales y ligas de base regional o provincial, dejaba a aquellos que se alejaban de este instrumento político en posición de considerable fragilidad<sup>17</sup>. Lejos de ser una organización con una estructura jerárquica y centralizada, el PAN se encontraba construido sobre la base de numerosas pirámides de patronazgo de nivel local, provincial y nacional. La participación del presidente en la vida política provincial, si bien no negaba la dinámica interna de competencia entre ligas o facciones rivales, asumía un rol clave en la resolución de conflictos entre elites provinciales, y esta participación tenía correlatos en los alineamientos políticos facciosos. Este tipo de política, sustituto parcial de la competencia política partidaria y contrapeso

<sup>14</sup> AUZA: *Católicos y liberales*, p. 156.

<sup>15</sup> Véase los discursos de Emilio Lamarca y Pedro Goyena citados en AUZA: *Católicos y liberales*, pp. 280-282.

<sup>16</sup> DI STEFANO: *Historia de la Iglesia Argentina*, p. 353.

<sup>17</sup> Católicos como Miguel Navarro Viola, Manuel D. Pizarro y Tristán Achával Rodríguez se encontraban entre quienes habían apoyado el surgimiento del PAN. Véase AUZA: *Católicos y liberales*, p. 62.

de las consecuencias negativas de un sistema basado en la existencia de un partido dominante que evitaba la alternancia en el poder, se construía sobre la base de la adhesión de individuos a ligas y facciones conformadas a partir de un sistema de incentivos y premios (las denominadas redes de "amigos políticos"). No sorprende, pues, que la política de corte personalista fuera una de las características salientes del sistema político que, entre 1880 y 1912, giró en torno a la constitución de la máquina política del PAN y a su capacidad para contribuir a la consecución de una relativa estabilidad política<sup>18</sup>.

En este contexto, al asumir el antirroquismo como bandera o programa político (con el debate sobre las reformas secularizadoras como telón de fondo), los notables católicos se enfrentarán con las dificultades características de la organización de partidos de oposición durante el orden conservador, y sus intentos espaciados de articulación política sólo tendrán posibilidades de prosperar en contextos de exacerbación de las divisiones internas del oficialismo. Es en este sentido que los partidos políticos católicos exhibirán dificultades para funcionar como polos unificadores de los católicos dispersos en el universo faccioso del orden conservador y se encontrarán subordinados a aquellas coyunturas que, por sus características de crisis o de fluidez política (la revolución de 1890, la fragmentación del PAN a comienzos del siglo XX y el ascenso de la coalición opositora que apoyará la candidatura de Roque Sáenz Peña hacia 1909), los ubiquen circunstancialmente en posiciones de relevancia política. La adopción del antirroquismo como bandera que buscaba impedir "... la prolongación fraudulenta del imperio personal", condujo a los notables católicos a buscar una "... inteligencia patriótica entre los partidos de oposición"<sup>19</sup>, estrategia que desembocó en su participación en la formación de la laxa coalición de los Partidos Unidos que presentaría en 1886 una oposición simbólica a la candidatura de Juárez Celman.

El ingreso de los notables católicos en una coalición electoral opositora al predominio roquista los acercaba a sectores liberales de la elite política opositora (por caso, el mitrismo, con lo que esto implicaba para el programa católico) e introducía tensiones y conflictos en el mismo campo católico. El debate interno entre quienes priorizaban el fortalecimiento de un partido católico y los que buscaban aliados en el campo más amplio de las facciones políticas opositoras, se repetirá (en ambos casos con características propias) con el surgimiento de la Unión Cívica en 1890 y, nuevamente, con la formación de la coalición antirroquista Unión Nacional entre 1909 y 1910.

Ciertamente, esta problemática introduce tensiones y fracturas entre los notables católicos, que se advierten, por ejemplo, en las disímiles estrategias adoptadas por Estrada y Juan Manuel Garro en relación con la candidatura presidencial de Luis Sáenz Peña en 1892, en el contexto de un escenario político de extrema fluidez generado a

<sup>18</sup> La literatura sobre el surgimiento y conformación del PAN es extensa. Véanse, por ejemplo, Natalio BOTANA: *El orden conservador*; Ezequiel GALLO: "La consolidación del Estado y la reforma política..."; Paula ALONSO: "La política y sus laberintos: el Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1916", en Hilda SABATO y Alberto LETTIERI: *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires, FCE, 2003; P. ALONSO: *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000; Martín O. CASTRO: "Faccionalismo político y reforma electoral en la decadencia del régimen roquista en la Argentina. 1906-1910", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, vol. 2, N° 1, 2003, pp. 78-80.

<sup>19</sup> Véase el discurso del presidente de la Unión Católica, José Manuel Estrada, 11/5/1885. Citado en AUZA: *Católicos y liberales*, pp. 377-378.

partir de la revolución de julio de 1890 y de la caída de Juárez Celman<sup>20</sup>. En este sentido, las formas que asume la participación de los católicos en la política facciosa del orden conservador de las décadas de 1880 y 1890 ya prenuncian problemáticas persistentes de largo alcance (la inclusión de los notables católicos en el elenco de los políticos desplazados por el roquismo, el debate interno en torno de posibles alianzas con sectores antirroquistas del PAN, la progresiva debilidad de los intentos propios por conformar partidos acompañados por la mirada renuente o escéptica de la jerarquía eclesiástica), problemáticas que volverán a emerger en otro contexto y con particularidades propias en la coyuntura del Centenario.

### Reformismo institucional, notables católicos e inestabilidad facciosa

Pese a que, en el cambio de siglo, críticos y marginados del régimen político señalaban la persistencia de los efectos de la oligarquización de la vida política, una sucesión de nuevos conflictos entre actores principales del orden conservador contribuirían a dar forma a un período de transición de la república oligárquica en el que se verificaría una progresiva desintegración de la maquinaria política roquista y el realineamiento de facciones que, buscando reemplazarla, manifestaban la necesidad de introducir modificaciones en el sistema político.

La crónica es bien conocida. La ruptura política experimentada entre dos notables –Julio A. Roca y Carlos Pellegrini– en 1901 y en especial con posterioridad a la Convención de Notables de 1903, provocaría una profunda crisis en esa vasta coalición de fuerzas conocida como PAN y llevaría a la formación del Partido Autonomista pellegrinista, que rechazaría en sus manifiestos fundacionales el sistema de control de la sucesión ejercido por gobiernos electores. Un fundamental realineamiento de las fuerzas políticas tendría lugar, en particular, durante la presidencia de José Figueroa Alcorta, quien aplicó golpes decisivos a la maquinaria roquista (entre ellos, la clausura del Congreso en 1908 y una extensa política de intervenciones federales) y, con ello, allanaría el camino hacia la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña en 1910<sup>21</sup>.

Intento de conservación del poder político por parte de una elite, error de cálculo frente a las fuerzas políticas emergentes (radicalismo, socialismo) o expresión de un optimismo reformista que intentaba terminar con la contradicción entre una sociedad crecientemente compleja y un orden político cristalizado y carente de flexibilidad<sup>22</sup>,

<sup>20</sup> Garro preside la sección cordobesa de la Unión Católica y lidera a la facción católica de la Unión Cívica de la provincia de Córdoba, provincia en la cual los enfrentamientos en torno a la 'cuestión religiosa' asumen tonos más definidos que a nivel nacional. Estrada como presidente de la Unión Católica nacional ordena apoyar la candidatura de Sáenz Peña. Garro, por el contrario, mantiene su candidatura a la vicepresidencia como parte de la fórmula presidencial de la Unión Cívica antiacuerdista. Un análisis detallado de este conflicto en Paula ALONSO: *Entre la revolución...*, pp. 105-125.

<sup>21</sup> Sobre los realineamientos facciosos y los cambios políticos tras el cambio de siglo, Véase Natalio BOTANA: *El orden conservador*; Donald M. PECK: "Las presidencias de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta", en Gustavo FERRARI y Ezequiel GALLO (Eds.): *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires, Sudamericana, 1980; Martín O. CASTRO: *Factional Struggle, Political Elites and Electoral Reform in Argentina, 1898-1912*, Tesis doctoral, Universidad de Oxford, 2004.

<sup>22</sup> Una 'clasificación' de las distintas interpretaciones sobre el proceso de reforma electoral puede verse en DEVOTO: "De nuevo el acontecimiento", pp. 94 y 95. Sobre el reformismo de comienzos del siglo XX véase Eduardo ZIMMERMANN: *Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995 y Natalio R. BOTANA y Ezequiel GALLO: *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires, Ariel, 1997.

puede afirmarse que el proyecto reformista del saenzpeñismo buscaba provocar una redistribución del poder dentro de la elite política, la decadencia de las redes de jefes políticos locales y el dismantelamiento definitivo del roquismo.

Si bien la reforma electoral sancionada en 1912 no proponía una fundamental redistribución del poder a favor de nuevas clases sociales emergentes<sup>23</sup>, sí perseguía una nueva distribución del poder dentro de la elite política, el final del predominio roquista y de los 'políticos profesionales'. La reforma de la vida institucional haría viable la 'creación' del sufragante, la recuperación de las instituciones del Estado y la circulación de las elites políticas. Sólo así sería posible, en palabras de Sáenz Peña, matizar "... el elenco que nos ha dejado Roca de los profesionales de la política"<sup>24</sup>. El avance sobre las posiciones del roquismo significaba el retorno a la vida política de "los apellidos de tradición respetable" y la derrota de los políticos sin base en la sociedad. En su versión saenzpeñista, el proyecto de reforma política alentaba la participación de sectores de las clases altas tradicionalmente reticentes a tomar parte en la política electoral, frecuentemente descripta como el dominio de las máquinas políticas y sus clientes<sup>25</sup>.

Como se sugiere en este trabajo, será esta apertura saenzpeñista hacia sectores no tradicionales del juego político conservador (o bien alejados de la política partidaria, o bien con posiciones marginales dentro de este universo conservador) y la conformación de la Unión Nacional en 1909, las que brindarían a los notables católicos la oportunidad de acceder a una cierta influencia política y, posteriormente, a posiciones de relevancia durante el breve período de Sáenz Peña al frente de la presidencia.

A partir de 1902, en parte como consecuencia de los debates parlamentarios sobre un proyecto de ley de divorcio y de separación de la Iglesia y el Estado, la prensa y dirigencia católicas expresarían creciente preocupación acerca de las consecuencias negativas de la dispersión de los católicos en diferentes facciones políticas, en particular frente al peligro de la cohesión organizativa del socialismo en el campo político<sup>26</sup>. Si bien la iniciativa de una asamblea de notables católicos reunidos en el Club Católico de constituir un partido político no tuvo el éxito esperado, en otras áreas las iniciativas católicas alcanzaron resultados más relevantes. Los proyectos originados en los principios del catolicismo social condujeron a la fundación de los Círculos de Obreros (1892), la experiencia de la Liga Demócrata Cristiana (1902) y la constitución de la Liga Social Argentina (1908), esta última a iniciativa de Emilio Lamarca<sup>27</sup>. Por otra parte, con el cambio de siglo, el liberalismo anticlerical pareció haber perdido parte de su dinamismo (el proyecto de Divorcio Civil no obtuvo el

<sup>23</sup> Roy HORA: *The Landowners of the Argentine Pampas. A social and political history 1860-1945*. Oxford, Clarendon Press, 2001, p. 145.

<sup>24</sup> R. Sáenz Peña a Ezequiel Ramos Mejía, 29/5/1908, en *Academia Nacional de la Historia. Fondo Roque Sáenz Peña* (en adelante ANH FRSP) Legajo 141.

<sup>25</sup> CASTRO: "Faccionalismo político y reforma electoral... p. 218.

<sup>26</sup> La *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* (en adelante REABA) se lamentaba en 1902 de la existencia de católicos "... triunfantes de las urnas, en mérito no a sus ideas católicas, sino del prestigio alcanzado en los varios bandos políticos a que pertenecen." REABA, 9/3/1902. Véase Néstor T. AUZA: *Los católicos argentinos*, pp. 40-41.

<sup>27</sup> Lila CAIMARI: *Perón y la Iglesia Católica: religión, estado y sociedad en la Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 39 y 43.

apoyo del Congreso), situación que se correspondía con un escenario en el que la clase política comenzaba a ver en la Iglesia Católica una potencial fuerza de control social y una aliada de las clases altas contra lo que describían como agitación socialista y anarquista entre la población inmigrante<sup>28</sup>.

En este contexto, se entiende mejor la inclusión de miembros de la jerarquía católica en la convocatoria a la Convención de Notables de 1903 reunida con la misión de resolver las disputas entre roquistas y pellegrinistas en torno a la elección de candidatos presidenciales. El diario roquista *Tribuna* señalaba la necesidad de preservar la concordia social y rechazaba por inoportuna la presentación de un proyecto de reforma constitucional que proponía la introducción de modificaciones en el régimen de sostenimiento del culto católico y apuntaba a reglamentar la presencia de sacerdotes en el Congreso. Para *Tribuna*, que buscaba no enemistar a los prelados católicos con la atención puesta en la Convención, la separación de la Iglesia del Estado parecía asumir las formas de una contribución esencial a la conformación de un Estado imparcial, tolerante y neutral en asuntos religiosos, más que como la culminación de un proceso secularizador que diera forma a un instrumento que condujera al declive de las creencias religiosas<sup>29</sup>.

Entre comienzos de siglo y la fundación de la Unión Patriótica en 1907, las iniciativas católicas en el escenario político fueron inconsistentes y discontinuas, y los intentos de organización naufragaron frente a tendencias contradictorias que oscilaban entre constituir un partido a imitación del Partido Conservador chileno, dar forma a un partido "católico-social" o simplemente apoyar las candidaturas de políticos católicos allí donde surgieran. Estas diferencias se hicieron evidentes en 1902 cuando, en ocasión del proyecto de formación de un partido "católico-social" que se opusiera a "los avances del liberalismo", *La Voz de la Iglesia* (sin considerar en su análisis las posibles implicaciones de la relación entre acción social y política, tema central, en cambio, para los demócrata-cristianos) prefería señalar las bondades de constituir un partido conservador que garantizara una inclusión de aquellos interesados en la consecución de principios ("la conservación del orden, de la libertad y de las tradiciones nacionales") que no estuvieran en pugna con "la Religión y la Patria"<sup>30</sup>. La falta de estructuras políticas preexistentes que congregaran a los católicos sumado a la definición de proyectos políticos que excedían las posibilidades del catolicismo organizado, conspiraban contra la suerte de un potencial partido católico. Estas circunstancias, que no dejaban de ser señaladas por aquellos que, basados en la experiencia de 1884, sugerían un proyecto más modesto, restringido a la capital de la república, que

<sup>28</sup> Véase David ROCK: "Antecedents of the Argentine Right", en Sandra MCGEE DEUTSCH y Ronald H. DOLKART (Eds.): *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*. Wilmington, SR Books, 1993, p. 22.

<sup>29</sup> *Tribuna*, 27/7/1903 y 14/7/1903. Sobre estas dos inspiraciones concurrentes de las relaciones entre Estado e Iglesia véase Rene REMOND: *Religion and Society in Modern Europe*. Oxford, Blackwell, 1999, p. 152

<sup>30</sup> Véase REABA, Año II, 1902, p. 683 y 752. Sobre la mirada positiva que algunos publicistas católicos tenían del Partido Conservador chileno, véase *La Voz de la Iglesia* (en adelante *LVI*), 30-31/12/1901. Sobre el Partido Conservador Chileno y su relación con la Iglesia Católica, véase Samuel VALENZUELA y Erika MAZA VALENZUELA: "The Politics of Religion in a Catholic Country: Republican Democracy, *Cristianismo Social*, and the Conservative Party in Chile, 1850-1925", en Austen IVEREIGH (Ed.): *The Politics of Religion in an Age of Revival*. Londres, University of London, 2000.

los habilitara a sacar ventaja de la reforma de la ley electoral, en particular del establecimiento del sufragio uninominal por circunscripciones<sup>31</sup>.

Este intento de organización, de 1902, en el que convergieron figuras como Indalecio Gómez y Emilio Lamarca junto a representantes de la reciente Liga Demócrata Cristiana (Ángel Capurro, entre otros), no prosperó (más allá de algunas reuniones preliminares), limitado por la escasa predisposición de la jerarquía católica hacia la fundación del partido, las dificultades por consensuar el perfil partidario y las estrategias de cooptación esbozadas por el recién fundado Partido Republicano<sup>32</sup>.

Los esfuerzos de los años siguientes se redujeron a proyectos organizativos ciertamente menos ambiciosos, como la campaña de los centros demócratas cristianos a favor de la candidatura de Santiago O'Farrell (del Partido Republicano, electo diputado nacional) en 1904<sup>33</sup>, o el apoyo del Círculo de Obreros de la circunscripción 13<sup>a</sup> a la candidatura de Tomás R. Cullen, propuesta también por el Partido Republicano<sup>34</sup>. Sólo en 1907, con la aparición de la UP, un partido político de inspiración católica pudo ejercer una influencia apreciable en el universo de las facciones conservadoras.

La formación de la UP en 1907 parece responder a un renacimiento del asociacionismo católico y de concreción de iniciativas intelectuales que se ilustra en la convocatoria a los congresos de católicos argentinos de 1907 y 1908, en la formación de la Liga Social y en la fundación de la Universidad Católica en 1910<sup>35</sup>. Hacia finales de 1907 (en coincidencia con los preparativos para el Congreso de ese año), la prensa católica coincidía en describir a la intensificación de la actividad organizativa católica como "... una reacción saludable del espíritu católico..." que parecía percibirse en la vida social y política<sup>36</sup>. El proceso de formación de la UP se da dentro del marco referencial de un creciente debate sobre la vida política que iba ganando espacio en los círculos católicos (tanto en la prensa católica de Buenos Aires como en los congresos católicos), debate que asumía las formas de una crítica a las máquinas políticas partidarias, una interpretación desfavorable de las consecuencias generadas por la intervención de los denominados "políticos profesionales" y un rechazo hacia la práctica del abstencionismo electoral.

Consecuencias de este debate se advierten en el llamamiento que el diario *El Pueblo* hizo a los católicos para que establecieran una estructura política que contrarrestara el control que –se argumentaba– socialistas y liberales ejercían sobre la administración pública disponiendo "... de las rentas del Estado para llevar adelante su obra de desecristianización"<sup>37</sup>. De manera similar, en el marco del Congreso Católico de 1907, el obispo de Tucumán cargaría contra la indiferencia política de los católicos argentinos que facilitaba "... el camino de los sectarios para que dejen sentir su acción

<sup>31</sup> Véase el texto de Manuel D. Pizarro publicado en *LVI*, 25/9/1902.

<sup>32</sup> Véase *REABA*, Año II, 1902, p. 683 y 752 y *La Nación* (en adelante *LN*) 15/10/1902.

<sup>33</sup> Véase Néstor T. AUZA: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*. Buenos Aires, Guadalupe, 1987, pp. 194-196.

<sup>34</sup> *El Pueblo* (en adelante *EP*), 8/6/1905.

<sup>35</sup> Sobre el renacimiento católico en la esfera educativa véase Fernando J. DEVOTO: "Atilio Dell'Oro Maini. Los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930", *Prismas*, N° 9, 2005, pp. 187-189.

<sup>36</sup> *LVI*, 28/10/1907; *EP*, 27/9/1907.

<sup>37</sup> *EP*, 18/7/1907.

corruptora en el gobierno...”<sup>38</sup>. De acuerdo con este razonamiento, la organización política de parte de los católicos, asumiera ésta la forma que asumiera, debía implicar un control sobre los recursos del Estado generados –se afirmaba– por una sociedad mayoritariamente católica. No resulta quizás sorprendente, entonces, que se interpretara el voto como un “deber cívico” (tanto como un derecho) y a su ejercicio como la forma más directa de evitar, o al menos limitar, que el “elemento politiquero” consolidara su dominio sobre la administración pública.

Sin embargo, en oposición a la tentación de considerar a la Iglesia Católica y a los católicos como un actor sin fisuras, se advierten las diferentes perspectivas observadas en el campo periodístico católico entre una *LVI* más complaciente hacia el régimen conservador y más ambigua con respecto a la introducción de cambios políticos relevantes (pero preocupada por las consecuencias del cosmopolitismo materialista sobre la identidad nacional y, en este sentido, más abierta a las estrategias educativas de José María Ramos Mejía), y un *EP* más crítico del régimen político y de sus estructuras clientelares controladas por ‘políticos profesionales’<sup>39</sup>. En todo caso, y más allá de las opciones políticas adoptadas por los políticos católicos, la prensa católica coincidía en señalar el carácter fragmentario de las fuerzas políticas conservadoras y el atraso de las instituciones políticas en relación con el progreso económico alcanzado por la sociedad<sup>40</sup>. Lejos de constituir una novedad en el debate de comienzos de siglo sobre la necesidad de estimular una reforma institucional, la crítica de la prensa católica demostraba ser parte de un clima político e intelectual que apuntaba a señalar el desarrollo desperejo alcanzado por la sociedad civil y la sociedad política.

Así pues, para políticos y prensa católica, la conjunción de una variedad de factores –la inexistencia de una “democracia honesta”, unida a la fragmentación política y a la abstención electoral– producía un escenario político que jugaba en beneficio de las “minorías audaces” que así se hacían del control del Estado e implementaban una serie de iniciativas legislativas de carácter “liberal” o secularizador<sup>41</sup>.

No parece ser casualidad que la iniciativa de algunos notables católicos de dar forma a un partido que congregara a los católicos participantes del juego faccioso conservador (más allá de la existencia de un renacer asociativo católico que contribuye a explicar la formación de la UP) se diera en el contexto de una creciente fragmentación de partidos y facciones que potenciaban y estimulaban el surgimiento de nuevos proyectos partidarios lanzados por aquellos miembros de la elite política relegados a los márgenes del sistema durante el roquismo<sup>42</sup>. El fracaso por extender la experiencia de la Coalición Popular de 1906 de la ciudad de Buenos Aires al interior del país, los intereses contradictorios entre las distintas facciones antirroquistas y las resistencias de sectores de las elites provinciales a la

<sup>38</sup> *EP*, 1/8/1907.

<sup>39</sup> Véase, por ejemplo, *LVI*, 28/1/1908; *LVI*, 12/4/1910. *LVI* saldría a la calle hasta octubre de 1910 en que dejaría su lugar al periódico *La Tradición*. Véase *EP*, 13/10/1910. Sobre la prensa católica véase Miranda Lida, “La prensa católica y sus lectores en la Argentina, 1880-1920”, *Tiempos de América*, N° 13, 2006.

<sup>40</sup> Véase *EP*, 15/2/1908 y *LVI* 16/8/1908.

<sup>41</sup> *LVI*, 8/11/1907; *EP*, 15/2/1908.

<sup>42</sup> Entre estos proyectos partidarios fallidos se puede también mencionar a la fundación del Partido Popular a iniciativa de Dardo Rocha. Véase D. Rocha a Alfredo Saavedra, Buenos Aires, 30/7/1908, en *Archivo General de la Nación* (en adelante *AGN*) *Fondo Dardo Rocha* Legajo 235.

desmembración del Partido Nacional conspirarían contra la conformación de coaliciones políticas antirroquistas que denotaran una cierta cohesión<sup>43</sup>. Es difícil, sin embargo, no advertir que las prácticas políticas de acumulación de poder de parte del gobierno de Figueroa Alcorta (especialmente, la búsqueda de disciplinamiento de las distintas facciones, erosión del liderazgo de los principales políticos de la coalición gobernante y construcción de una mayoría en la Cámara de Diputados) se encontraban en dirección opuesta a aquellas intenciones.

Las consecuencias de semejante juego sobre el escenario político impactaban sobre las características asumidas por los círculos políticos y facciones que "... como pelotitas de azogue se reúnen hoy, se desunen mañana y a su vez se disocian en tendencias antagónicas..."<sup>44</sup>. Sin duda, ello no impedía que, en el nivel nacional, el realineamiento de las facciones políticas durante los últimos años del gobierno de Figueroa Alcorta respondiera a la perspectiva que ellas adoptaran en relación con la política de desmantelamiento de la máquina política roquista asumida por el gobierno nacional.

Los intentos de reorganización del Partido Nacional entre 1908 y el Centenario (que en algunos casos involucraban la consecución de una modesta institucionalización partidaria) chocarían con la erosión evidente del liderazgo roquista y con las dificultades propias de incorporar redes de patronazgo locales a una estructura nacional en un contexto de fluidez política. La fragmentación del Partido Nacional roquista se manifestó, entre otros aspectos, en las dificultades por formar una 'liga de gobernadores' que enfrentara a Figueroa Alcorta e instalara una candidatura alternativa a la de Roque Sáenz Peña. En este contexto, el ministro británico en Buenos Aires no dudaría en afirmar que "... el año 1909 es recordado en los anales argentinos por la desaparición del partido roquista del escenario político interno..." reemplazado por la saenzpeñista Unión Nacional<sup>45</sup>.

No es por lo tanto sorprendente que los católicos que participaban de la política partidaria se involucraran en el proyecto saenzpeñista y en la Unión Nacional, toda vez que uno de los rasgos formativos de esta amplia coalición era su capacidad para atraer a aquellos a quienes el roquismo había apartado hacia los márgenes del escenario político. En este sentido, la participación de los dirigentes católicos en su calidad de notables antirroquistas en la Unión Nacional recuerda, en otro contexto, a su inclusión en los fluidos entramados partidarios de las décadas de 1880 y 1890.

Los alcances y formas que la participación de los católicos en política debía asumir habían sido debatidos durante la reunión del Episcopado argentino en Salta, en 1902. En su carta pastoral, la jerarquía eclesiástica argentina señaló la importancia del ejercicio de los derechos políticos e instó a los católicos a favorecer con su voto la elección de "personas de probidad conocida" que adhirieran a la doctrina católica, sin que ello les impidiera llamar la atención sobre la necesidad de evitar la dispersión de los elementos católicos<sup>46</sup>. Es significativo, sin embargo, que a comienzos de siglo, como también lo sería posteriormente, la jerarquía eclesiástica se mostrara

<sup>43</sup> CASTRO: "Factional Struggle", p. 178.

<sup>44</sup> Lucas Ayarragaray a R. Sáenz Peña, 8/7/1908, en *ANH FRSP* Legajo 20.

<sup>45</sup> "Argentine Republic. Annual Report, 1909", 29/1/1909, *Public Record Office*, 371/824; CASTRO: "Factional Struggle", pp. 197-210.

<sup>46</sup> "Pastoral Colectiva", *REABA*, (1902: 805). T. II.

renuente a la formación de un partido independiente de carácter católico. En este sentido, si bien no desalentó la participación de católicos en el recientemente formado Partido Republicano<sup>47</sup>, sí apeló a toda su influencia para evitar que el Club Católico avanzara con su proyecto de constituir un partido católico<sup>48</sup>.

A finales de la década, la falta de un apoyo explícito de parte de la jerarquía católica a la iniciativa de la UP refuerza la idea de la existencia de una Iglesia jerárquica preocupada por reforzar el crecimiento institucional y su rol como garante de la unión y la identidad nacional por sobre las diversas facciones políticas, aun cuando éstas estuvieran lideradas por notables católicos y pretendieran presentarse como partido de todos los católicos<sup>49</sup>. Se puede sugerir entonces que esta estrategia institucional de la Iglesia Católica, sumada a la ausencia de un anticlericalismo definido de parte de la elite política que impusiera a la problemática de las relaciones entre Iglesia y Estado como factor articulador ineludible de la acción política de los católicos, conducirían a la jerarquía a no considerar la formación de un partido católico como prioritaria en el contexto de proyectos más amplios de avance sobre la sociedad; y, en este sentido, a evitar identificarse con aquellos<sup>50</sup>.

Es posible que esas reticencias explicaran, al menos en parte, la decisión de quienes participaron de la formación de la UP de evitar imponerle la etiqueta de partido católico, aun cuando esta iniciativa fuera considerablemente popular entre la prensa y los movimientos laicales católicos. En este sentido, la UP se diferencia de la antigua Unión Católica en que era justamente el carácter oligárquico del régimen político y no un determinado ataque contra las prerrogativas de la Iglesia lo que había motivado su formación. Con todo, las características constitutivas de la UP señalan el grado de inserción de los políticos y notables católicos en el universo declinante de las facciones conservadoras de la primera década del siglo XX. En efecto, y de manera similar a la expresada por la prensa católica, la UP no manifiesta una impugnación global al orden de cosas del otoño conservador, es decir, no impugna en sí la existencia de un "orden" conservador sino sus rasgos oligárquicos, entendidos éstos como el control del Estado por parte de "políticos profesionales". Más allá de las críticas de carácter general a un Congreso formado por elementos liberales, no hay una ruptura aparente con la clase política argentina y la estrategia de formación de listas dispuesta por la UP en 1908 habla de la importancia de las relaciones entre los notables católicos y el resto de la elite política.

<sup>47</sup> Dolores CULLEN CRISOL: *Electoral Practices in Argentina, 1889-1904*. Tesis doctoral, Universidad de Oxford, 1994, p. 192.

<sup>48</sup> LN, 15/10/1902.

<sup>49</sup> DI STEFANO: *Historia de la Iglesia Argentina*, p. 353.

<sup>50</sup> Es significativo que el partido político católico surgido en el Uruguay hacia la misma época adoptara características claramente distintivas de su par argentino. En 1908, Gustavo Franceschi había diferenciado el "anticlericalismo chillón y brutal que ejerce sus violencias en la Banda Oriental" del anticlericalismo "de zapa, silencioso, metódico" de la Argentina. Véase "Notas sobre el catolicismo argentino en 1908", REABA, V, 1909. El partido católico uruguayo (la Unión Cívica) controlado por los sectores más reaccionarios de la Unión Católica parecía responder a estos diferentes estímulos. A diferencia de la UP, asumiría una clara posición de defensa del 'orden social cristiano' que se consideraba atacado por el reformismo batllista. Véase Carlos ZUBILLAGA y Mario CAYOTA: *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*. Montevideo, CLAEH, 1988, p. 244. Véase también José BARRÁN. *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2004, p. 109.

Por otra parte, se advierte cómo los lamentos de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica o de la prensa católica acerca de la escasa gravitación de los católicos en la política podía, sin embargo, no ser contradictoria con intentos constantes por mantener fluidos contactos con la elite política en los años previos al Centenario. En un rápido análisis de la lista de aquellos que se apresuraron a felicitar a José Figueroa Alcorta por el resultado del denominado “golpe de estado de 1908” se descubre, entre otros, al director del diario católico *El Herald* de Tucumán, y a Zenón Bustos, obispo de Córdoba. Significativamente, la correspondencia entre el obispo de Córdoba y Figueroa Alcorta revela cómo una actitud de aprobación hacia las políticas del gobierno nacional (necesarias para “forzar las resistencias para abrir camino a la libertad electoral”) podía ser acompañada de un análisis pesimista de las posibilidades de preservación del orden social y de una crítica a la falta de representación política de los católicos: “... los católicos no tienen representación democrática, a pesar de ser la mayoría del país, y los que consideran de ser factor al orden político y social en la hora fatal, no lejana tal vez, del anarquismo terrorista” (*sic*)<sup>51</sup>.

El diario *El Pueblo* dirigido por Isaac R. Pearson (posteriormente, uno de los principales referentes de la UP) subrayaría en los meses previos al congreso de los católicos argentinos de 1907 la necesidad de promover una “acción uniformada de las fuerzas católicas” que apuntara a articular una más amplia demanda de los “elementos conservadores” de la república, quienes esperaban ansiosos una acción cívica concertada en las elecciones de diputados nacionales de marzo de 1908<sup>52</sup>. La aparición de la UP contaría con cierta aprobación inicial de parte de la prensa “liberal” porteña que optaría por señalar las bondades del programa del novel partido compartidas por otros partidos de oposición (la recuperación de los derechos cívicos, la moralización de los poderes públicos y el fin del “imperio del personalismo”) por sobre la identidad católica de sus miembros fundadores<sup>53</sup>. Sin embargo, otros como el ministro de Relaciones Exteriores Estanislao Zeballos, manifestarían su perplejidad frente a la formación de un partido católico en un país en el cual –se afirmaba– no existían cuestiones religiosas y en donde la Iglesia Católica había, con sabiduría, evitado mezclarse en política, estrategia ésta que se había demostrado redituable y eficaz como lo corroboraba la actitud de los partidos adversos a la Iglesia de respetar las “franquicias” acordadas por la Constitución. Es significativo, en este sentido, que la formación del núcleo partidario católico en la perspectiva de Zeballos solamente pudiera ser explicada a partir de la participación de elementos exógenos y no por procesos internos propios del universo católico local, cargando de responsabilidad a la intervención del internuncio apostólico Achille Locatelli, cuya “iniciativa de formar un partido católico” habría “hecho cuerpo” en los católicos argentinos tradicionalmente partícipes de “...los diferentes partidos políticos con toda comodidad”<sup>54</sup>.

<sup>51</sup> Fr. Zenón Bustos, Obispo de Córdoba, a José Figueroa Alcorta, 27/1/1908, *AGN Fondo José Figueroa Alcorta* (en adelante *FJFA*) Legajo 13.

<sup>52</sup> *EP*, 22/8/1907.

<sup>53</sup> Ver, por ejemplo, *La Prensa* (en adelante *LP*), 9/11/1907. Sobre la buena acogida de la prensa porteña, en particular de *La Prensa* y *La Nación* véase *REABA*, 9/11/1907, Año VII.

<sup>54</sup> Estanislao Zeballos a Alberto Blancas (Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Vaticano), 6 de febrero de 1908, *Archivo Estanislao Zeballos* (en adelante *AEZ*), Legajo 47.

En síntesis, la participación de los católicos en el escenario político se entiende mejor si se advierte que las transformaciones en la relación entre Iglesia y Estado introducían consecuentes cambios no sólo en la posición relativa de los políticos católicos en el universo de las facciones conservadoras, sino también en sus posibilidades de influir activamente en el proceso de toma de decisiones. Y en esta línea de argumentación, es posible sugerir, siguiendo aquí un estudio reciente, que cuando se analizan las formas que asumieron la participación de los católicos en la política y la relación Iglesia / Estado debe considerarse que, por un lado, es engañoso presuponer la existencia de una elite liberal homogénea opuesta a toda influencia de la Iglesia Católica; y, por otro lado, que la laicización del Estado no fue completa y que la elite política en el cambio de siglo identificaba en la Iglesia a una institución que podía contribuir a la conservación del orden social (frente a la amenaza común del anarquismo, el socialismo y el sindicalismo) y a promover una identidad nacional común vista la amenaza del denominado "cosmopolitismo"<sup>55</sup>. La misma Iglesia Católica en los años previos al Centenario buscaría subrayar la relevancia del aporte católico en la formación de la nación. El ejercicio propuesto procuraba relacionar a la Iglesia con uno de los acontecimientos considerados fundacionales de la nacionalidad argentina y se daba en el contexto de una institución eclesiástica que señalaba con preocupación los efectos negativos del denominado 'cosmopolitismo', al tiempo que intentaba instalar una reconstrucción del pasado que brindaba una asociación privilegiada entre identidad nacional y religión católica, ofrecida también ésta como garante de la preservación del orden social frente a los riesgos de un incremento de la conflictividad social<sup>56</sup>.

### Entre el abstencionismo, la organización y la dispersión: los católicos en el universo político conservador

Aun cuando no se buscara de manera explícita constituir un partido político de naturaleza católica –la UP surgió fundada por miembros de la Asociación Católica de Buenos Aires–, su red política estaba basada en las parroquias porteñas (es significativo que sus dirigentes rechazaran la idea de organizar el trabajo proselitista en función de las circunscripciones) y se beneficiaba del aporte de miembros de los Círculos Católicos de Obreros. La UP adquirió desde sus comienzos la forma de una liga electoral más que la de un partido político, proponiendo en este sentido la conformación de listas de candidatos para las elecciones nacionales de marzo de 1908 que serían determinadas sobre la base de las presentadas por los otros partidos participantes en el comicio. Lejos pues de presentar sus propios candidatos; la UP intentaría influir en los resultados electorales a partir del apoyo brindado –en principio en la Capital Federal– a determinados candidatos provenientes de otras facciones políticas. Esta estrategia política se entiende mejor cuando se considera que el amplio

<sup>55</sup> DI STEFANO: *Historia de la Iglesia Argentina*, pp. 347-348.

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, *EP*, 23-24/5/1910. La preocupación por el impacto del cosmopolitismo y la 'cuestión nacional' no constituían, sin embargo, temáticas novedosas para *La Voz de la Iglesia* que las había abordado ya a fines del s. XIX. Véase Lilia Ana BERTONI: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, FCE, 2001.

programa de la UP (básicamente la defensa de la Constitución Nacional) y los manifiestos publicados en noviembre de 1907 presuponían la existencia de un escenario político en el cual las agrupaciones partidarias (con excepción del Partido Socialista que, por otra parte, no entraba en los cálculos de los notables católicos) no demostraban poseer diferencias ideológicas importantes. Esta particular estrategia (que sería nuevamente utilizada en 1910 y por diferentes Uniones electorales católicas durante la primera experiencia electoral bajo la ley Sáenz Peña en 1912) y un programa que básicamente pretendía atacar el monopolio que los caudillos y 'profesionales de la política' habían adquirido sobre el Estado y la política electoral explicaría la buena recepción que la formación de este partido encontró incluso entre la prensa 'liberal'.

Desde su formación, la prensa porteña y del interior y los distintos actores políticos calificarían a la UP como la expresión política de los católicos reunidos en el Congreso de 1907<sup>57</sup>. El diario *El Pueblo*, que en agosto había advertido sobre la importancia que el próximo Congreso Católico podía significar en términos de organización política de las "fuerzas" católicas, en noviembre dedicaba un largo editorial a rebatir la asociación que el diario tucumano católico *El Heraldo* establecía entre el Congreso y la UP<sup>58</sup>. Con todo, las estrechas vinculaciones entre este partido político y la dirigencia católica eran ciertamente advertidas y llevarían a algunos a impugnar (de la misma manera en que lo hizo Estanislao Zeballos) la misma existencia de la UP, argumentando que su constitución carecía de razón de ser en un país en el que se consideraba que no existía "... controversia alguna de índole religiosa..."<sup>59</sup>.

En efecto, los elencos dirigentes de la UP estaban conformados principalmente por políticos o dirigentes cuyo signo identitario unificador era su participación en el entramado asociativo católico<sup>60</sup>. Se advierte, por ejemplo, cómo algunos de los que constituían el comité organizador de la UP mantenían lazos estrechos con los Círculos de Obreros<sup>61</sup>, a pesar de que el perfil del novel partido, con su particular acento en la cuestión política, no se correspondía con los lineamientos trazados por los Círculos para la acción política de sus miembros, que priorizaban la formación de un partido de carácter social cristiano<sup>62</sup>. Por otro lado, parte de la dirigencia de la UP mostraba antecedentes en las filas de la oposición al roquismo (radicales bernardistas, republicanos, autonomistas), lo que en cierta medida contribuye a explicar su posición favorable a la concurrencia a la lucha comicial y el rechazo crítico a la decisión del radicalismo liderado por Hipólito Yrigoyen de abstenerse de participar en las

<sup>57</sup> *El Diario, La Razón y El Nacional* coincidirían en presentar al nuevo partido político como una consecuencia de acuerdos alcanzados durante el congreso católico. Véase "Efemérides", 9/11/1907, *REABA*, 1907, Año VII.

<sup>58</sup> *EP*, 22/8/1907 y 24/11/1907.

<sup>59</sup> *Los Principios*, diario católico cordobés, recoge las críticas de parte de la clase política local, 20/11/1907.

<sup>60</sup> Firman el manifiesto fundacional de noviembre de 1907, entre otros, Joaquín M. Cullen, presidente provisional; Gral. Donato Álvarez, Dr. Juan M. Garro, Carlos P. Lumb (hijo); Apolinario C. Casabal; Dr. Emilio Lamarca, José Matías Zapiola, Dr. Leonardo Pereyra Iraola, Alejandro Calvo, Dr. Pedro Olaechea y Alcorta, Ing. Rómulo Ayerza, Dr. Nicanor G. de Nevares; ingeniero Angel Gallardo, ingeniero Alejandro E. Bunge, Dr. Miguel Z. O'Farrell; Isaac R. Pearson. *LP*, 8/11/1907 Romulo Ayerza, Emilio Lamarca, Joaquín Cullen y Apolinario Casabal (miembro del directorio de la Liga Social Argentina) formarían parte del Consejo Superior de la Universidad Católica. *EP*, 2/3/1910.

<sup>61</sup> AUZA: *Aciertos y fracasos*, p. 119.

<sup>62</sup> Véase "Efemérides", 1/12/1907, *REABA*, 1907, p. 74.

elecciones<sup>63</sup>. Joaquín M. Cullen (presidente de la UP y de la Asociación Católica) no dudaba en señalar la comunidad de ideas que existía entre ambos núcleos partidarios, aunque rechazara "...la forma en que la dirección actual de ese partido [el Radical] procura encaminarlo" en contraposición a la tradición alemanista de concurrencia<sup>64</sup>. Con todo, la decisión de participar en elecciones no sólo se explicaba a partir de las trayectorias partidarias previas de muchos de sus miembros, sino, hasta cierto punto, también a partir de una decisión (más emparentada con la tradición católica) de pelearle el territorio a la elite "liberal" que había monopolizado las riendas de la administración estatal. De manera similar a los católicos chilenos que tomarían parte en el Partido Conservador, la participación de los católicos en política era entendida por la prensa católica como una forma de corregir una situación en la cual una elite política que promovía la secularización del Estado y la sociedad, accedía a los cargos públicos gracias a la naturaleza no democrática de las prácticas políticas<sup>65</sup>.

En síntesis, puede afirmarse que quienes conformaron el elenco dirigente de la UP combinaban su identidad católica con la característica de ser "elementos disponibles" –es decir, no encolumnados con el declinante Partido Nacional roquista o con los partidos y facciones opositores– críticos del funcionamiento del régimen político y del alcance de las máquinas políticas y que buscaban recuperar al Estado de las manos de los "políticos profesionales". Ciertamente, esa "disponibilidad" en la que se encontraba señala una marginalidad dentro del escenario político (el cual en el discurso católico era fruto de las décadas de control roquista del aparato estatal) que llevaría a los notables católicos a ensayar diversas estrategias de alianza, tanto en el nivel provincial como nacional. Su misma inserción marginal en la trama política de los años del cambio de siglo los acercaba a aquellos miembros de la elite política que habían sido empujados hacia un cierto ostracismo político por el roquismo (este era el caso de los ex juaristas) y a sectores como el saenzpeñismo que buscaban de manera similar terminar con "... la irreversible sucesión testamentaria de Roca..."<sup>66</sup>.

Esta ubicación secundaria de los católicos en el entramado político de comienzos del siglo XX y su misma crítica hacia la "degeneración de la política argentina", consecuencia de las prácticas políticas de los "personalismos prepotentes y círculos oligárquicos", no significaba que, en algunos casos, su posición dirigente no reconociera fuentes de legitimación que se encontraban fuera de la esfera asociativa católica. Aquella preeminencia podía también provenir del desarrollo de una cierta notabilidad local y de los vínculos personales asimétricos consecuentes en el nivel de parroquia que podían traducirse en eventuales votos, como se desprende de la participación de Donato Álvarez (miembro del directorio del Congreso Católico de 1907 y firmante del manifiesto de la UP) en la campaña presidencial de 1910<sup>67</sup>.

En el verano de 1908, la UP lanzaba su campaña con el objetivo de elegir como candidatos a "hombres sanos y honorables" provenientes de otras facciones

<sup>63</sup> AUZA: "La 'Union Patriótica'", p. 193.

<sup>64</sup> Entrevista publicada en *La Argentina* y reproducida en *EP*, 7/3/1908.

<sup>65</sup> S. VALENZUELA y E. MAZA VALENZUELA: "The Politics of Religion...", p. 190.

<sup>66</sup> Roque Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 9/6/1908, en *ANH FRSP* 141.

<sup>67</sup> *LVI* 10/8/1907. Carta de Donato Álvarez a Sáenz Peña, en la que describe como "...contaba con votos seguros en su favor..." gracias a su condición de vecino notable de la parroquia de Balvanera. 26/4/1910, en *AGN Fondo Roque Sáenz Peña* Legajo 2459.

conservadoras. Para mediados de febrero la UP había establecido 14 comités seccionales en la ciudad de Buenos Aires y sus dirigentes evaluaban la posibilidad de extender su estructura organizativa a Córdoba, Tucumán, Paraná y Santa Fe<sup>68</sup>.

El particular escenario político surgido con posterioridad a la medida de Figueroa Alcorta de clausurar las sesiones del Congreso en enero de 1908 (que incluiría una tardía decisión de parte de republicanos y roquistas de abstenerse en las elecciones de marzo) forzaría a la UP a presentar una lista de candidatos propia como forma de evitar verse identificada con la postura abstencionista fuertemente criticada por sus dirigentes desde la conformación del partido<sup>69</sup>.

Este replanteo de estrategias no conllevaría, sin embargo, cambios en la retórica política de la dirigencia de la UP. Apenas se examinan los discursos de los notables católicos durante la campaña se advierte cómo aquellos se centraban principalmente en la condena a las prácticas de los políticos profesionales y en la necesidad de combatir la corrupción política y el fenómeno de la compra y venta de votos<sup>70</sup>. En este sentido, no deja de ser significativo el esfuerzo puesto por los dirigentes de la UP en combatir la abstención electoral y movilizar el voto de sectores de la elite social y clases propietarias, considerado éste como un elemento de equilibrio frente al voto de las clases populares proclives –se decía– a vender su voto a las máquinas electorales montadas por los caudillos locales.

Esta preocupación de la UP por ampliar la influencia de las clases propietarias y educadas reflejaba, en parte, una concepción que veía a la participación de aquéllas como parte de una estrategia para reducir los márgenes de acción de unos círculos dirigentes que se habían visto beneficiados de la manipulación del voto de clientelas electorales<sup>71</sup>. En este sentido, no constituye una sorpresa la coincidencia entre el proyecto de reforma electoral de la UP de 1909, que ponía en manos de los mayores contribuyentes el control del registro electoral<sup>72</sup>, con los lineamientos trazados para aquel partido por el diario católico *LV* dos años antes: la UP debía buscar "...imponerse a la consideración... de las clases inteligentes y de la opinión ilustrada de la metrópoli,..." para terminar con el control que los más "audaces" y "vivos" ejercían sobre las funciones electorales<sup>73</sup>. Puede argumentarse, entonces, que el proyecto de los notables de la UP reflejaba también "...esa convergencia de las fuerzas católicas

<sup>68</sup> *EP*, 12/2/1908.

<sup>69</sup> La lista de la UP se conformaría con Lorenzo Anadón, Luis Beláustegui, Angel Estrada, Rosendo Fraga, Indalecio Gómez, Luis A. Huergo, Antonio Lanusse, Manuel Obarrio, Ramón Santamarina, Eufemio Uballes y José María Zapiola. *EP*, 4-5/3/1908.

<sup>70</sup> Véase por ejemplo el discurso de Isaac R. Pearson en un acto organizado por el comité de Monserrat y San Ignacio. *EP*, 19/2/1908. Esto no impedía que a nivel parroquial se filtraran otros objetivos (como la equiparación de la enseñanza "libre" a la enseñanza oficial) que podían generar conflictos con la tradición liberal y secularizante de buena parte de la elite política. *EP*, 29/1/1908.

<sup>71</sup> Esta preocupación de la UP se encontraba en consonancia con otras propuestas que buscaban una mayor presencia de las elites sociales en la política. Véase Roy HORA: "Autonomistas, Radicales y Mitristas: el orden oligárquico en la provincia de Buenos Aires (1880-1912)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera Serie, Nº 23, primer semestre de 2001.

<sup>72</sup> El diputado nacional Santiago O'Farrell, miembro del Partido Republicano, presentó el proyecto en nombre de la Unión Patriótica. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación* (Mayo/Agosto 1909), vol. I, p. 35.

<sup>73</sup> *LVI*, 9/11/1907. El proyecto de reforma electoral de la UP puede verse en *EP*, 5/6/1909.

que operaban hacia el ámbito de las elites argentinas” definida por proyectos ambiciosos como la fundación de la Universidad Católica<sup>74</sup>.

De manera significativa, en su apelación al electorado, la UP no estableció discriminaciones más que las que provenían de diferenciar entre “ciudadanos buenos y sinceros” de aquellos que no lo eran<sup>75</sup>. Esta estrategia, sin embargo, se revelaría escasamente exitosa a la hora de movilizar al electorado porteño. La UP se demostraría incapaz no sólo de extender una red organizacional que vinculara en el interior del país a los sectores de las elites provinciales cercanos a la idea de promover un partido católico permanente, sino también de consolidar sus propias bases porteñas.

Si se analiza la participación de los notables católicos en los meses siguientes a la constitución de la UP (en particular, la misma campaña electoral de 1908 y el Congreso Católico del mismo año), se constata hasta qué punto la estrategia de conformar un partido basado en la participación de dirigentes claves del asociacionismo católico (aunque reticente a asumir esa misma identidad) encontraba miradas escépticas en parte de la dirigencia católica<sup>76</sup>.

En este sentido, la afirmación de Lamarca expresada durante el Congreso Católico de 1907 de que los católicos se encontraban dispersos a causa de la política y que en esa situación continuaban, de alguna manera también constituía un adelanto de la participación de aquéllos en la política partidaria de los años siguientes, y colocaba a la UP en sintonía con una historia previa de tensiones internas experimentadas por los notables católicos en las décadas finales del siglo XX<sup>77</sup>. La actitud misma de Emilio Lamarca hacia la UP y su aparente alejamiento posterior posiblemente se expliquen a partir de las discrepancias generadas con respecto a la naturaleza de la UP y de las formas que debía asumir el modelo organizativo de los católicos que pretendían constituir un movimiento unificado. En el terreno político, Lamarca parecía favorecer la constitución de una agrupación con una identidad católica más clara y, en especial, conformada como consecuencia de un movimiento confederal que diera forma a bases sociales que pudieran originar y sostener a un partido político similar al Zentrum alemán<sup>78</sup>. La UP, por el contrario, continuaba ubicada dentro de los límites de las formas de hacer política del régimen oligárquico, más allá de una retórica constante en contra de las máquinas electorales y del personalismo político.

Significativamente, problemáticas de relevancia en la relación entre Iglesia y Estado, tales como el control sobre las escuelas –una de las cuestiones centrales del siglo XIX<sup>79</sup>–, aun cuando sin duda continuaba siendo una preocupación central de la prensa católica porteña a comienzos del siglo XX, no contribuyó a articular la acción

<sup>74</sup> Fernando J. DEVOTO: “Atilio Dell’Oro Maini...”, p. 188.

<sup>75</sup> Entrevista de *La Argentina* a Eduardo Zenavilla reproducida en *EP*, 23/1/1908.

<sup>76</sup> Figuras relevantes como Emilio Lamarca o Pedro Olaechea y Alcorta (legislador nacional por Santiago del Estero y amigo personal de Figueroa Alcorta) adhirieron a la formación de la agrupación aunque no formaron parte de sus cuadros directivos.

<sup>77</sup> *LVI*, 21/10/1907.

<sup>78</sup> DI STEFANO: *Historia de la Iglesia...* pp. 371 y 378.

<sup>79</sup> Margaret Lavinia ANDERSON: “The Divisions of the Pope: The Catholic Revival and Europe’s Transition to Democracy” en IVEREIGH (Ed.): *The Politics of Religion*.

de los católicos en la política partidaria activa. Ciertamente, objetivos contrapuestos (mantenimiento de la influencia de la Iglesia sobre las esferas educativas enfrentado al avance del Estado sobre estas áreas) llevaron al conflicto abierto que, si bien parcialmente saldado en los años ochenta del siglo XIX, daría lugar en el lapso de cambio de siglo a continuas escaramuzas que tuvieron como protagonistas a un conjunto de actores entre los que se encontraban el Ministerio de Educación, el Consejo Nacional de Educación y distintas organizaciones católicas como la Liga de Enseñanza Católica. Con todo, este conflicto latente que incluía como ingredientes la contraposición entre los límites de la educación laica y la práctica de la educación religiosa en las escuelas estatales, no tomará las formas de un articulador de los intereses católicos y no será incorporado entre las ideas-fuerza que guiaban la constitución de las distintas iniciativas de los notables católicos en el ámbito de la política electoral.

Nuevamente, es revelador que los proyectos de articulación de los elementos católicos en los años finales del orden conservador estuvieran fuertemente influidos por la preocupación constante por dismantelar la maquinaria política del régimen, terminar con las distintas prácticas de corrupción del sufragio e instaurar un efectivo régimen representativo. No se intenta afirmar aquí que problemáticas tradicionales y centrales a la relación entre la Iglesia y el Estado en la Argentina desaparecieron del escenario político de comienzos de siglo, sino que estos conflictos se canalizarían por otras vías informales o institucionales que no tenían su correlato en la política partidaria. En otras palabras, tanto aquellas iniciativas que renunciaban de antemano a reconocer una identidad católica explícita –la UP– como aquellas improvisadas que sí lo hacían –las Uniones Electorales de 1912–, preferían señalar el terreno común que las acercaba al resto del declinante universo de las facciones conservadoras y dejaban a otros actores católicos el combate en ámbitos conflictivos como, por ejemplo, el de la educación. En particular, es importante aquí hacer mención a las conclusiones del Congreso de los católicos de 1907 que, si bien no estableció directrices u objetivos comunes en relación con la política partidaria, sí planteó la necesidad de acrecentar la presencia de los católicos en órganos que tuvieran jurisdicción sobre el área educativa. En este contexto, se comprende mejor la participación de Joaquín María Cullen en el CNE y su polémica con José María Ramos Mejía, de los años 1912 y 1913, en torno a la administración de los fondos del Consejo y las atribuciones de su presidente, desarrollada sobre el trasfondo de una discusión más amplia acerca de los efectos secularizadores del control estatal sobre el sistema de educación<sup>80</sup>.

Se percibe entonces con cierta claridad que, a pesar de los esfuerzos de algunos notables católicos y de la simpatía de algunos miembros de la jerarquía hacia estos intentos y de parte de la prensa católica, diversos elementos contribuyeron al fracaso de los empeños por organizar partidos políticos de signo católico que dieran una forma institucional al voto de una sociedad a la cual se presuponía católica. Si bien no contaron con la bendición institucional de parte de la Iglesia Católica, es difícil ver en esta ausencia la causa de un fracaso. Para algunos escribas católicos, la debilidad de la UP se explicaba por la dispersión de los elementos católicos en diversas facciones, situación

<sup>80</sup> Sobre esta polémica véase mi trabajo "Políticos católicos, la cuestión nacional y el CNE a finales de la república oligárquica, 1908-1913", presentado en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, setiembre de 2007.

que llevó a la jerarquía a evitar definiciones al respecto: "... ¿cómo es posible exigir de los prelados que decidan su actitud a favor de uno determinado?"<sup>81</sup>. Por otra parte, en otros contextos, las barreras impuestas por las jerarquías nacionales no habían sentenciado la suerte de un partido político católico<sup>82</sup>. En todo caso, la falta de personajes con las características de Donato Álvarez y las dificultades por establecer una estructura organizativa capaz de movilizar al electorado católico y de controlar el proceso electoral (falta de fiscales en las elecciones de 1908)<sup>83</sup>, contribuyen a explicar las dificultades por transformar a la UP en una fuerza política relevante. Por otra parte, los núcleos políticos católicos no se demostraron capaces de *congregar* al electorado católico (en tanto que potencialmente identificado con una cierta agenda de problemáticas que pudiera considerarse "católica"), fracasaron en *movilizar* a este potencial voto católico (tanto en escenarios de fraude electoral como con posterioridad a la sanción de la ley Sáenz Peña) y no supieron o no quisieron abandonar las formas tradicionales de hacer política. A diferencia de la Liga Democrática Cristiana, que a comienzos de siglo salía a disputar las calles de Buenos Aires al socialismo, la UP no se caracterizó por unas prácticas políticas tendientes a la movilización de los católicos y estuvo lejos de promover la polémica con la dirigencia socialista, ya fuera en la tribuna o en los debates periodísticos<sup>84</sup>. Es importante llamar la atención aquí sobre las dificultades que los políticos católicos hallarían para explicar los pobres desempeños electorales frente a la, por otra parte, consistente *performance* electoral de los socialistas, en particular, con posterioridad a la sanción de la nueva ley electoral en 1912. Ciertamente, la desfavorable comparación situaba a los notables y a la prensa católicos en una posición difícil y contradictoria, acostumbrados a caracterizarse, de alguna manera, como la expresión política de una sociedad fundamentalmente católica aunque dominada por círculos políticos que gobernaban basados en el uso generalizado del fraude electoral<sup>85</sup>. Para la prensa y los notables católicos el control electoral ejercitado por los gobiernos durante el orden conservador se constituyó en pieza central de su interpretación sobre los males de la vida política argentina que debían ser enfrentados.

En este sentido, el Partido Socialista sólo conformaba una amenaza potencial pero secundaria, lo que ayudaría a explicar la escasez de referencias al socialismo que se encuentran en la campaña electoral de la UP. De este modo, se puede conjeturar que serán los sólidos desempeños electorales socialistas de 1912 y 1913, los temores frente al crecimiento de los partidos "avanzados" y la fragmentación de las facciones conservadoras porteñas los que llevarán a la dirigencia católica a la constitución de

<sup>81</sup> *LV*, 11/12/1909.

<sup>82</sup> Como se desprende, por ejemplo, del caso de los socialcristianos austriacos, cuyo proyecto político nunca fue popular entre la vieja guardia de la jerarquía católica. Véase Carl E. SCHORSKE: "Politics in a new key: An Austrian Triptych", *The Journal of Modern History*, vol. 39, Nº 4 (diciembre, 1967). Las intenciones de la dirigencia del Partido Conservador chileno de mantener su autonomía frente a la jerarquía no conspiraría contra la fortaleza de la estructura partidaria. Véase J. VALENZUELA y E. MAZA VALENZUELA: "The Politics of Religion...", p. 190. Por otra parte, la Unión Cívica uruguaya, pese a contar con el apoyo de la jerarquía católica, no daría forma a una *performance* electoral significativa. Véase ZUBILLAGA y CAYOTA: *Cristianos y cambio social*, p. 277.

<sup>83</sup> *EP*, 9-10/3/1908.

<sup>84</sup> Sólo el acto de proclamación de candidaturas de marzo de 1908 alcanzaría un marco de masividad (varios "millares de ciudadanos" de acuerdo con *La Nación*) y se enfrentaría con una contramanifestación socialista. Véase *LN*, 6/3/1908.

<sup>85</sup> Los resultados electorales (agregados por listas) publicados por *EP* para las elecciones de marzo de 1908 serían los siguientes: Presidenciales 15115; socialistas 7642; UP 1710 votos. *EP*, 9-10/3/1908.

un partido político (el Partido Constitucional), que buscará conformarse (en alianza con otras facciones conservadoras y sectores de las clases propietarias) en barrera frente a los peligros supuestos de disolución social encarnados en el socialismo<sup>86</sup>.

Por cierto, la falta de apoyo expreso de parte de una jerarquía católica más preocupada por crear condiciones de mayor cercanía con la elite política no excluye la posibilidad de la participación de miembros del clero en actividades de signo claramente electoral: desde participación en “trabajos electorales” (como los sacerdotes catamarqueños que movilizaban votantes para las facciones opositoras a la situación provincial)<sup>87</sup> hasta la intervención activa como candidatos electorales. En este último sentido, se advierte cómo, pese a no aparecer como candidatos de partidos católicos, la inclusión de sacerdotes en las listas de partidos políticos era recibida con beneplácito por la prensa católica en un contexto –se decía– de disgregación de los elementos católicos<sup>88</sup>. De lo expuesto hasta aquí, surgen las múltiples facetas de la participación de la jerarquía católica y de los laicos católicos en la política partidaria, en la que aquélla asumió modalidades informales (haciendo uso de los vínculos construidos con sectores de la elite política para la consecución de una agenda específica) en conjunción con otras más formales, como la inclusión de sacerdotes y notables católicos en listas partidarias de facciones conservadoras o la conformación de partidos políticos con fuertes connotaciones católicas. Con todo, si hay un renacimiento católico en la Argentina de los años en torno del Centenario, éste alcanza a la esfera política con rasgos particulares. Es decir, la peculiar articulación de los intereses católicos en este ámbito se lleva adelante evitando colocar al conflicto en el centro de la escena. Se advierte cómo, a pesar de las expresiones de deseos de la prensa católica por constituir una agrupación política que respondiera a la existencia de una identidad católica, el único intento serio de organización de los elementos católicos en este período evitó conscientemente un enfrentamiento con la tradición liberal y secularizadora de la elite política y prefirió, por el contrario, privilegiar una crítica de carácter moral al régimen político a tono con el extendido “regeneracionismo” de la época. Si la prensa “liberal” y algunos representantes en el Congreso discuten acerca de la existencia de una cierta cuestión religiosa a comienzos del gobierno de Roque Sáenz Peña, este debate se da “a pesar” de las intenciones de los políticos católicos que buscaban la consecución de una cierta agenda a través de medios que evitaran una confrontación abierta con la elite política conservadora.

Con todo, el progresivo debilitamiento de la UP se explica fundamentalmente por la inserción de sus principales dirigentes en la laxa coalición saenzpeñista. En los

<sup>86</sup> EP, 5/11/1913.

<sup>87</sup> Benito Villanueva a J. Figueroa Alcorta, 3 de marzo de 1907, en AGN FJFA Legajo 10.

<sup>88</sup> EP, 14/10/1908; EP, 18/3/1910 La participación de representantes del clero en el escenario político no constituía, sin dudas, una novedad y encontraba sólidos antecedentes en el siglo XIX. Véase Roberto Di STEFANO, “La revolución de las almas: religión y política en el Río de la Plata insurrecto (1806-1830)”, en Nancy CALVO, Roberto Di STEFANO y Klaus GALLO (Eds.): *Los curas de la revolución. Vida de eclesiásticos en los orígenes de la Nación*. Buenos Aires, Emece, 2002. Sobre la participación de sacerdotes en actividades electorales en otros contextos latinoamericanos o europeos véase, por ejemplo, Malcolm DEAS: “The Role of the Church, the Army and the Police in Colombian elections, c. 1850-1930”, en Eduardo POSADA-CARBÓ: *Elections before Democracy: The History of Elections in Europe and Latin America*. London, ILAS, 1996, y Margaret Lavinia ANDERSON: “Voter, Junker, Landrat, Priest: The Old Authorities and the New Franchise in Imperial Germany”, *The American Historical Review*, vol. 98, Nº 5, diciembre 1993.

años siguientes, las tentativas de organización de los católicos se verían reducidas a los intentos generados desde la prensa católica porteña. Hasta 1912 en manos de la corriente “demócrata cristiana”, EP –que contaba con la protección del clero– no sólo apoyaría decididamente a la UP durante la campaña electoral de 1908, sino que se constituiría en el instrumento unificador de las tentativas de organización política de los católicos en la ciudad de Buenos Aires, particularmente a partir de la pérdida de relevancia del partido de Cullen y de la participación de los principales notables católicos en la coalición saenzpeñista y en el posterior gobierno de Sáenz Peña<sup>89</sup>.

Entre los grupos que él creyó que debían ser incorporados a una amplia coalición antirroquista se encontraban los políticos católicos, junto a otros como los estudiantes universitarios y los representantes de las industrias y empresas comerciales nacionales. La importancia que le asignó al rol de los católicos en la coalición es mejor comprendida como un reconocimiento a los grupos que demostraban una trayectoria antirroquista. Sáenz Peña consideraba que los católicos eran bienvenidos a la coalición no como un partido político, sino como políticos e intelectuales que habían sufrido la persecución política roquista: “...el partido católico no como el partido sino como unidades computables para la acción cívica tiene hombres de probidad que fueron perseguidos por el general Roca y destituidos de sus cátedras, sólo esperan garantías para actuar en política...”<sup>90</sup>. Algunos de los católicos activos en política también se encontrarían en 1909 y 1910 apoyando la candidatura de Guillermo Udaondo (Unión Cívica) a la presidencia. Sin embargo, la adhesión a la coalición saenzpeñista de buena parte de los cuadros de la UP y de otros notables católicos como Emilio Lamarca o Indalecio Gómez, provocó la reacción del diario *La Nación* (que de manera poco sorpresiva promovía la candidatura de Udaondo) y, quizás, más importante, la aparición de un conflicto puertas adentro de la Unión Nacional<sup>91</sup>.

La campaña de la prensa ‘liberal’ (y de republicanos y roquistas) en contra de la candidatura denominada ‘clerical’ de Sáenz Peña llevó a la UP a asegurar en un comunicado la libertad de acción de sus miembros con respecto a las elecciones presidenciales. Sin embargo, en abril de 1909 el comité de la UP ya había resuelto dar su apoyo a la candidatura de Sáenz Peña. La incorporación de dos delegados católicos –junto con dos autonomistas y un presidencial– a la inicial Junta Nacional Saenzpeñista, conformada por un grupo de notables encabezado por Ricardo Lavalle daría un carácter más formal a esa participación<sup>92</sup>. De manera similar, políticos católicos de la provincia de Córdoba –‘elementos en disponibilidad’, de acuerdo con la expresión de Pedro C. Molina–, que habían ingresado en la coalición antirroquista Unión Provincial, decidirían también apoyar a la coalición saenzpeñista siguiendo las indicaciones de “... los principales católicos como el Dr. Lamarca, Dr.

<sup>89</sup> EP intentaría en marzo de 1910 diseñar una estrategia que permitiera coordinar “...los dos o tres mil votos que los católicos, desorganizados y todo, podrían depositar...” EP, 11/3/1910.

<sup>90</sup> Sáenz Peña a E. Ramos Mexía, 29/5/1908, en ANH FRSP 141.

<sup>91</sup> Sobre la campaña electoral de la Unión Nacional y la formación de la coalición saenzpeñista véase Martín O. CASTRO: “Liberados de su ‘bastilla’: saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario”, en *Entrepasados*, N° 31, junio de 2007.

<sup>92</sup> Los delegados católicos serían Joaquín Cullen y Carlos Estrada. Federico Cibils a Julio A. Roca, 15/9/1909 en AGN Fondo Julio A. Roca (en adelante FJAR) Legajo 107.

Indalecio Gómez, Dr. Casabal...<sup>93</sup>. Los políticos radicales católicos que se oponían al liderazgo de Hipólito Yrigoyen y a la estrategia de la abstención electoral también expresaron su acuerdo con la candidatura de Sáenz Peña<sup>94</sup>.

La insistencia de Sáenz Peña de incluir a los católicos en la Unión Nacional provocó, sin embargo, un intercambio de nerviosas cartas entre el candidato y sus amigos políticos, temerosos éstos de ser asociados con una candidatura de corte "clerical". Aun cuando se cuidaría bien de no hacer públicas sus creencias personales (lo que advierte sobre las implicancias negativas de ser identificado como un clerical o incluso como un político católico si se ambicionaba alcanzar posiciones de relevancia política), en su correspondencia, Sáenz Peña afirmaba su respeto hacia las tradiciones católicas de su familia y justificaba la inclusión de los católicos en la coalición<sup>95</sup>. Esta decisión fue, sin embargo, criticada por aquellos amigos políticos como Belin Sarmiento quienes señalaron cuánto podría sufrir la candidatura de Sáenz Peña si roquistas y republicanos insistían en sacar ventaja del supuesto clericalismo saenzpeñista: "La tendencia histórica argentina, sus instituciones y la mayoría de sus pensadores son liberales y a muchos inspiraría temores o antagonismos si se creyera que un candidato fuera clerical"<sup>96</sup>. Los riesgos de impugnar la tradición política liberal y el lugar de los católicos en la coalición eran, por otra parte, materia de debate para los notables católicos incorporados a la coalición saenzpeñista. Emilio Lamarca, en una carta a Sáenz Peña en 1909, expresaba su adhesión a lo que consideraba una específica corriente del liberalismo, la cual, de acuerdo con el fundador de la Liga Social Argentina, reflejaba la concepción que daba sustento a la relación entre Iglesia y Estado expresada en el texto constitucional: "...sé que en materia religiosa tú has cambiado de manera de pensar: por lo menos, has *constitucionalizado* tu opinión; te manifiestas liberal, como lo somos nosotros, en la *legítima acepción de la palabra* y en el fondo de tu alma hay algo más que el mero respeto por las tradiciones de tu propia familia"<sup>97</sup>. Lamarca sugería que un cambio en la concepción que Sáenz Peña tenía de la relación entre Iglesia y Estado explicaba por qué los tres más importantes notables católicos (Indalecio Gómez, Joaquín María Cullen y Emilio Lamarca) habían decidido participar de la Unión Nacional. No obstante, lamentaba que los católicos no pudieran expresar sus creencias políticas más abiertamente, temerosos de una posible reacción anticlerical: "...que, en un país católico, tengamos que ser nimiamente moderados... a fin de amordazar la clerofobia y de que no impugnen tu candidatura incitando los odios contra la Iglesia"<sup>98</sup>.

<sup>93</sup> Entrevista a Nicolás Berrotarán 1/9/1909 y reportaje de Orzali a Pedro C. Molina, 8/9/1909 en *AGN FJFA*, Legajo 23. La intervención de Indalecio Gómez y Apolinario Casabal a favor de la conformación de un partido católico que apoyara a Sáenz Peña habían comenzado en 1908. Véase José Cortés Funes a R. Sáenz Peña, 31/7/1908 en *ANH FRSP*, legajo 20.

<sup>94</sup> Gardenia VIDAL: *Radicalismo de Córdoba 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1994, p. 20.

<sup>95</sup> Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, 9/6/1908, en *ANH FRSP* 141. Ya en 1905 EP había acusado al ugartismo de agitar "el fantasma del clericalismo" a fin de impugnar la candidatura de Tomás R. Cullen a diputado nacional por Buenos Aires. Véase EP, 10/6/1905.

<sup>96</sup> A. Belin Sarmiento a Roque Sáenz Peña, 12/12/1908, en *ANH FRSP* 20.

<sup>97</sup> Subrayado en el original. Lamarca a Sáenz Peña, 9/7/1909, en *ANH FRSP* Legajo 21.

<sup>98</sup> Lamarca se lamentaba de la participación "antirreligiosa" de Sáenz Peña en el periódico *Sud América* a finales de la década de 1880. Véase E. Lamarca a R. Sáenz Peña, 9/7/1909 *ANH FRSP*, Legajo 21. Cullen y Lamarca habían compartido las aulas del Colegio Nacional con Sáenz Peña y Ezequiel Ramos Mexía. Véase Ezequiel RAMOS MEXÍA: *Mis memorias, 1853-1935*. Buenos Aires, La Facultad, 1936, p. 12.

La decisión de Sáenz Peña de incorporar a Victorino de la Plaza en la fórmula presidencial generaría resistencias en un arco diverso de actores, no sólo entre las elites del interior preocupadas por mantener políticas proteccionistas (el caso de Tucumán) o políticos bonaerenses que postulaban al político católico Manuel de Iriondo como candidato a vicepresidente, sino también entre los mismos notables católicos preocupados por las credenciales 'liberales' de De la Plaza considerado por EP como un "enemigo sistemático" de los católicos<sup>99</sup>.

Aun cuando no existió una cuestión religiosa en la Argentina de la primera década del siglo XX, la participación de un grupo de católicos en posiciones relevantes de la estructura de gobierno saenzpeñista provocó enojosas controversias para el gobierno, prontamente hechas públicas por la prensa. Para algunos políticos roquistas liberales, como por ejemplo Eduardo Wilde –ministro de Educación de Juárez Celman y de Roca durante su primera presidencia–, todavía en 1912 las luchas contra el clericalismo, "con su sentido de 'luz *versus* oscuridad', 'racionalidad *versus* oscurantismo'"<sup>100</sup> permanecían sin quedar completamente saldadas y recuperaban su importancia incluso en circunstancias aparentemente intrascendentes: "¿Sabes por qué se enojó Cullen conmigo? Porque una vez al encontrarlo en la escalera de la Casa de Gobierno le pregunté cómo estaba la Divina Providencia, creyendo que era una pariente suya"<sup>101</sup>. Por otra parte, si se analiza el grado de influencia de los católicos en el gobierno de Roque Sáenz Peña, se advierte cómo (y por medios que si bien formaban parte del ámbito de la "acción cívica" no se correspondían con la existencia de un partido que articulara los intereses católicos) aquéllos podían mostrar logros significativos que se correspondían con los objetivos trazados por el Congreso Católico de 1907; es decir, la búsqueda de un incremento en el número de católicos en posiciones de poder<sup>102</sup>.

Entre la llegada a la presidencia de Sáenz Peña y las primeras elecciones llevadas a cabo bajo la nueva ley electoral, la participación de los católicos en la política nacional se correspondió principalmente con el nombramiento de varios de sus dirigentes en posiciones de diversa relevancia en el gobierno nacional y en el aparato burocrático del Estado. Es en este contexto que, en 1911, el diario *La Mañana* señala el resurgimiento de la propaganda de tipo anticlerical. Dado que no se percibía el escenario político y social preparado para una nueva campaña "divorcista" y que buscara la separación de la Iglesia del Estado, el diario concluía que tal ambiente anticlerical ejemplificado en periódicos que combatían la "influencia de la sotana" y en movimientos locales que impugnaban figuras eclesiásticas (como en San Isidro), respondía en realidad a la presencia de dos católicos (Indalecio Gómez y J. M. Garro) en el gobierno nacional<sup>103</sup>. Indalecio Gómez, a quien Sáenz Peña nombró

<sup>99</sup> LN, 4/12/1909; EP, 12/1/1910.

<sup>100</sup> Owen CHADWICK: *The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century*. Cambridge, Cambridge University Press, 1975, p. 115.

<sup>101</sup> E. Wilde a J. A. Roca, Madrid, 12/1/1912, en AGN FJAR, Legajo 1338 (110).

<sup>102</sup> LVI, 25/10/1907.

<sup>103</sup> *La Mañana*, 4/2/1911. En la provincia de Córdoba, el 'partido católico', que había colaborado en la formación de la Unión Provincial en 1909, se confundía con los 'elementos oficialistas' y contribuía con la situación provincial con un ministro de Hacienda, legisladores provinciales y candidatos gubernistas para las elecciones de marzo de 1911. Véase LP, 28/2/1911.

ministro del Interior y que asumió un rol fundamental en la reforma electoral<sup>104</sup>, fue quizás el más importante político católico del gobierno saenzpeñista. Ambos compartían una visión escéptica de la política argentina y buscaban establecer, en palabras de Gómez, "... la vida pública argentina en la dignidad, en la justicia, en la verdadera libertad"<sup>105</sup>. Garro, vicepresidente de la Liga Social Argentina, se encontraba entre los firmantes del manifiesto inicial de la UP y había figurado en 1909 entre los que impulsaban en la provincia de Córdoba la formación de un núcleo pro candidatura Sáenz Peña formado principalmente por católicos<sup>106</sup>. Periódicos como el socialista *La Vanguardia* caracterizaban al gobierno saenzpeñista como una combinación de clericalismo (Gómez y Bosch) y de capitalismo internacional (Ezequiel Ramos Mexía tenía fuertes vinculaciones con las empresas de trenes británicas)<sup>107</sup>. Por otra parte, los conflictos generados en 1911 entre el Ejecutivo y el Congreso en torno a los procedimientos y formas que asumiría la reforma electoral encontraron una nueva forma de expresión en las interpelaciones parlamentarias a ministros del gobierno nacional. En este contexto, la interpelación al ministro de Educación Garro en junio de 1911 y el debate en torno a la política educativa y a la delegación de funciones en el Consejo Nacional de Educación, aun cuando para EP representara una "...pública exhibición de... intolerancias sectarias", para otros, como José M. Cantilo, no expresaba más que "...el pretexto a expansiones de mal humor por parte de la Cámara contra un gobierno que amenaza su existencia"<sup>108</sup>. Con todo, evidencia de la buena sintonía que existía entre los notables católicos y el gobierno nacional se encuentra en el apoyo expresado por el diario saenzpeñista *Sarmiento* durante los debates sobre la obtención de subsidios de parte de instituciones católicas y, de mayor relevancia, en la defensa de la acumulación de un cierto capital político que los católicos podían enseñar gracias a la incorporación de dirigentes católicos en posiciones de gestión que iban más allá de la presencia de Gómez y Garro en el gabinete nacional<sup>109</sup>. En todo caso, *Sarmiento*, encarnaba la interpretación saenzpeñista de reincorporación a la escena política de aquellos que podían enseñar credenciales antirroquistas y consideraba que el carácter laico de leyes fundamentales del Estado argentino se encontraba fuera de discusión, circunstancia que evitaba las "viejas controversias de conciencia" y hacía posible la incorporación de católicos a áreas sensibles como "... la inspección de enseñanza secundaria, el ministerio de instrucción o el del interior"<sup>110</sup>. Por un camino quizás diferente al de aquellos críticos de la UP que señalaban la sinrazón de la existencia de un partido 'católico' en un país

<sup>104</sup> La influencia de Gómez en el proyecto *saenzpeñista* de reforma electoral es tratada en el seminal trabajo de Botana, *El orden conservador*. Véase también E. ZIMMERMAN: "Reforma política y reforma social: Tres propuestas de comienzos de siglo", en Fernando J. DEVOTO y Marcela FERRARI: *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*. Buenos Aires, Biblos, 1994.

<sup>105</sup> J. Gómez a R. Sáenz Peña, Berlín, 25 de setiembre de 1909, en ANH FRSP 29.

<sup>106</sup> Bonifacio Portela a Julio A. Roca, *s/f*, 1909, en AGN FJAR Legajo 107.

<sup>107</sup> F. DEVOTO: "De nuevo el acontecimiento...".

<sup>108</sup> *La Gaceta de Buenos Aires*, 3/6/1911.

<sup>109</sup> La lista incluía, además de Gómez y Garro, a Joaquín Anchorena (intendente de la ciudad de Buenos Aires); Manuel Cigorruga (director de Inmigración); Alejandro Calvo (quien fuera primer director de EP, director de Tierras y Colonias); Manuel de Iriondo (presidente del Directorio del Banco Nación); Eduardo Zenavilla (director del Banco Hipotecario Nacional). A éstos se sumaba Joaquín M. Cullen en el Consejo Nacional de Educación. Véase EP, 28/2/1912 y EP, 18/1/1913.

<sup>110</sup> *Sarmiento*. 30/10/1910 y EP, 1/11/1910.

sin cuestión religiosa, la hoja saenzpeñista recurría al mismo argumento para evitar inmiscuirse en un debate en torno al clericalismo/anticlericalismo y reivindicar la validez de la inclusión de los católicos en posiciones clave de la estructura institucional del Estado.

## Los católicos en la coyuntura reformista

Aun con matizaciones entre los diferentes actores, los católicos que participaban del declinante mundo conservador parecían coincidir con algunas de las líneas fundamentales del programa *saenzpeñista* y con el particular acento puesto por el ex diplomático argentino en la denominada "cuestión nacional". En octubre de 1910, *EP* recibiría con agrado el discurso presidencial de asunción y su particular articulación entre enseñanza pública, servicio militar y reforma política: "La patria necesita ser fuerte para afrontar cualquier peligro que amenace su honor y su integridad... Venga pues, el voto obligatorio, como tenemos el servicio militar obligatorio y la enseñanza obligatoria"<sup>111</sup>. Se ha señalado que el proyecto de reforma política saenzpeñista no buscaba expresar una respuesta directa al conflicto social sino más bien una forma de responder a una sociedad profundamente transformada por la inmigración masiva y como parte de un programa más abarcador que incluía la educación patriótica y la conscripción militar<sup>112</sup>. La importancia de la cuestión nacional no era ajena al pensamiento católico del cambio de siglo, preocupado como estaba por que se establecieran barreras a un 'materialismo' y cosmopolitismo que entendía avasallantes y perjudiciales para la sociedad argentina. Por otra parte, así como el saenzpeñismo expresaba algunos rasgos en común con otros proyectos que se nutrían de un cierto clima nacionalista en el cambio de siglo, la trayectoria de algunos notables católicos, como Indalecio Gómez y Emilio Lamarca, también demostraba una preocupación similar por problemas de 'defensa nacional'<sup>113</sup>. Se advierte también cómo la inquietud por terminar con el predominio político de los "profesionales de la política" era común a los notables católicos y al círculo saenzpeñista, lo que, por otra parte, se revela en la preocupación de la UP por elevar al Congreso un proyecto de reforma electoral y por generar mecanismos de control que dificultaran las maniobras fraudulentas y las prácticas de las máquinas electorales. La prensa católica de Buenos Aires, aun con reservas sobre el alcance de una democracia electoral basada en la soberanía del pueblo<sup>114</sup>, apoyaría el proyecto de reforma electoral saenzpeñista, en particular el establecimiento del voto obligatorio que, se sugería, provocaría una "mejora paulatina en la representación" (gracias a la participación de la "gente consciente" alejada del comicio), y el fin de las "comanditas politiqueras", una interpretación no alejada del imaginario saenzpeñista<sup>115</sup>. Lejos del elogio a la universalidad del sufragio –y cerca

<sup>111</sup> *EP*, 15/10/1910. En 1909, al producir la crónica del discurso-programa de Sáenz Peña, *REABA* señalaba a la educación, el servicio obligatorio y al voto obligatorio como los temas que consideraba "interesaban a la iglesia" de lo expuesto por el candidato presidencial. *REABA*, 1909, pp. 686-687.

<sup>112</sup> Fernando J. DEVOTO: "De nuevo el acontecimiento...".

<sup>113</sup> Lamarca y Gómez, así como otros políticos e intelectuales que formaron parte del posterior proyecto saenzpeñista, se encontraron entre los miembros de la *Liga Patriótica Argentina*, una organización fundada en 1898, durante el conflicto diplomático con Chile. Véase Lilia Ana BERTONI: *Patriotas, cosmopolitas*, p. 239.

<sup>114</sup> *LVI*, 24/2/1909 y *EP*, 8-9/8/1910.

<sup>115</sup> *EP*, 6/8/1911; *EP*, 8/11/1911.

de propuestas que en el cambio de siglo reclamaban una mayor participación de las clases propietarias en el escenario electoral— esta línea de interpretación alegaba que la introducción del voto obligatorio daría un nuevo significado a la práctica del voto al obstaculizar el "...abstencionismo electoral de las clases pudientes..." y asestar un golpe definitivo a las máquinas electorales construidas en torno a clientelas reunidas gracias al "...empleo prometido o la retribución pecuniaria"<sup>116</sup>.

La participación de los católicos en el escenario político de finales del orden conservador se entiende mejor cuando se advierte la existencia, en esa primera década del siglo, de una miríada de grupos antirroquistas que buscaban dar forma a un instrumento político que contribuyera a terminar con un sistema político controlado por el roquista PAN. Con todo, existía —como hemos desarrollado en el comienzo de este trabajo— una historia previa de iniciativas políticas católicas colocadas en encrucijadas similares. La inclusión de notables católicos en entramados partidarios laxos definidos por su antirroquismo volvía a introducir en el campo católico tensiones y conflictos —ya experimentados en las décadas de 1880 y 1890— que giraban en torno de la elección de estrategias alternativas de acción política que iban de la opción favorable a la formación de un partido político católico a una estrategia que priorizaba la alianza con otras facciones conservadoras y la participación consiguiente en coaliciones más amplias. Un escenario en el cual las escaramuzas entre diversos actores eclesiósticos y estatales a principios del siglo XX no llegaban a conformar una 'cuestión religiosa', sumado a la decisión de la jerarquía eclesióstica de priorizar su rol como institución garante del orden social y de una cierta identidad nacional por encima del universo de las facciones políticas, se constituían en obstáculos apreciables para la definición de proyectos posibles de formación de partidos políticos católicos.

Con todo, pese a las limitaciones que estos proyectos expresaban, el surgimiento de la UP nos advierte, por una parte, sobre la existencia de un renacimiento asociativo católico y, por la otra, sobre las intenciones de los notables católicos por ejercer una influencia sobre los procesos de selección de los representantes políticos y en los procesos de toma de decisión que involucraban áreas sensibles para el catolicismo como la relación Iglesia / Estado, la educación y la constitución de la elite dirigente argentina.

La posición de relativa marginación de los políticos católicos en un entramado político que se definiría, a medida que avanzaba la década, por la progresiva desintegración del PAN y la pérdida de influencia del roquismo, sumado a su carácter 'disponible', los convertiría en críticos acerbos de la maquinaria política roquista y los volvería a acercar, consecuentemente, a las diversas experiencias de coaliciones antirroquistas. Con todo, los intentos de conformar partidos políticos definidos a partir de una identidad católica (aun cuando ésta no fuera claramente explicitada) no irían más allá de sumar una voz más al coro de publicistas y facciones que adoptaban una retórica reformista, y fracasarían en adquirir una posición relevante y estable en un escenario político caracterizado por la volatilidad de los alineamientos faccionales.

La UP, en este sentido, se demostró incapaz de introducir transformaciones en las formas tradicionales de hacer política: seguiría interpretando a la política en términos de *Honoratiorenparteien*, es decir de pequeños grupos de notables, y se

<sup>116</sup> EP, 10/2/1912.

ubicaría lejos de lo que pudiera caracterizarse como un intento de articular intereses y movilizar a sectores del electorado en una escala apreciable.

Significativamente, problemáticas que continuaban siendo centrales para la prensa y la dirigencia católicas (por ejemplo, el mantenimiento de la influencia de la Iglesia sobre las esferas educativas), se canalizaron por vías informales o institucionales que divergían de la política partidaria y no se constituyeron en articuladoras de los intereses católicos. En este sentido, el debate en torno a la existencia o inexistencia de una "cuestión religiosa" tiene lugar a pesar de las intenciones de los políticos católicos que, marginados por la máquina roquista, intentaban volver a ocupar posiciones de relevancia favorecidos por un escenario de fluidez política, postergando en el camino (y con su inclusión en la coalición saenzpeñista) los proyectos católicos de articulación política. La participación de los católicos en la Unión Nacional y la inclusión posterior de miembros de la elite dirigente católica en el gobierno de Sáenz Peña los acercaría, con todo, al logro (relativo y pasajero) de los objetivos delineados por el Congreso Católico de 1907.

## RESUMEN

*Este trabajo busca contribuir al estudio de la participación política de los católicos en los años finales del orden conservador a partir del análisis de los proyectos de articulación política de los católicos que tuvieron lugar entre la formación de la Unión Patriótica en 1907 y la sanción de la Ley electoral Sáenz Peña en 1912. Se examina la inserción y participación de los notables católicos en el juego político conservador del cambio de siglo y su intervención en la formación de coaliciones políticas conformadas a partir de un común antirroquismo. Se sostiene que el renacer de las iniciativas de signo católico se encontraba relacionado con la existencia de un escenario de creciente fragmentación de la elite política y de pérdida de influencia del roquismo. Por otra parte,*

*se analiza la participación de los notables católicos en la Unión Nacional y se argumenta que la inclusión de políticos católicos en posiciones de relevancia política durante el gobierno de Sáenz Peña contribuye a explicar los temores de la prensa 'liberal' en torno a un posible resurgimiento de una "cuestión religiosa". Finalmente, se analiza el programa político de los católicos en los años posteriores al Centenario, poniendo particular atención en las convergencias que se advierten entre la retórica política católica y la preocupación del círculo saenzpeñista con respecto a la denominada "cuestión nacional" y al diseño de instrumentos que contribuyeran a la terminación del predominio de los "profesionales de la política".*

## SUMMARY

*This article attempts to contribute to the study of Catholic political participation in the final years of the conservative order, through the analysis of the Catholic attempts at political articulation between the formation of the Unión Patriótica in 1907 and the passing of the Sáenz Peña electoral law in 1912. The involvement and participation of notable Catholics in the conservative political arena at the turn of the century is examined, as well as their involvement in the formation of political coalitions based on a common anti-roquismo. It is argued that the revival of Catholic initiatives was related to the growing fragmentation of the political elite and a waning in the influence of roquismo. In*

*addition, the participation of notable Catholics in the Unión Nacional is analysed and it is argued that the placing of Catholic politicians in positions of political relevance during the Sáenz Peña government helps to explain the fears of the 'liberal' press of a possible resurgence of the "religious question". Finally, the Catholic political programme in the years preceding the Centenary is analysed, paying particular attention to the convergence between Catholic political rhetoric and the concern of the saenzpeñistas with respect to the "national question" and the design of the instruments that would contribute to ending the predominance of "professional politicians".*

## REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

CASTRO, Martín O.

"Los católicos en el juego político conservador de comienzos del siglo XX: reformismo electoral, alineamientos partidarios y fragilidad organizativa, 1907-1912". *DESARROLLO ECONÓMICO – REVISITA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 49, Nº 193, abril-junio 2009 (pp. 31-60).

**Descriptores:** <Católicos> <Historia política argentina> <Participación política> <Religión y sociedad>.